

NÚM. 5.º

≡ AÑO I
MAYO
1909 ≡

EUROPA EN ÁFRICA

Precios de suscripción

	AÑO	SEMESTRE	TRIMESTRE
España y Marruecos.....	15 pesetas.	8 pesetas.	5 pesetas.
Guinea española.....	17 —	9 —	6 —
Extranjero.....	17 francos.	10 francos.	7 francos.

Número suelto: DOS PESETAS



Excmo. Sr. General de división D. José Marina Vega, gobernador
militar de la plaza de Melilla.

COMO SE EJERCE LA INFLUENCIA EN AFRICA

Por mucho que se hable de la labor de Francia en Argelia, nunca se hablará lo bastante para que se compenetre la opinión pública de cómo debe realizarse y á qué fines debe tender.

El año 1852 Francia poseía en Argelia: Orán, Argel, Bugía, Filipiville, Constantina y Bona, con una zona de terreno de 100.000 metros aproximadamente que se extendía hasta cerca de Biskra.

En 1864 llegaba esta zona hasta Guerrasa, límite de una extensión que ascendía á unos 400.000 metros.

El año 1881 aumentó esta extensión hasta el Golea, ó sean 700.000 metros, y el 1900 á cerca de un millón de metros.

Hoy puede tenerse una idea de los considerables progresos realizados por la comparación de los mapas de Argelia publicados en estas épocas.

Lo mismo que nosotros en Ceuta y Melilla. Y no, ciertamente, por falta de ocasiones, sino por sobra de temor y de desconocimiento de lo que son estas cuestiones de África.

Los franceses, cuando han poseído un terreno, sin escrúpulos de clase alguna hacia la independencia del bárbaro ni á los temores de una aventura, se han lanzado al interior á explorar y buscar lo que debe preceder á toda ocupación: el conocimiento del terreno y la calidad del enemigo.

Y ahí están todas esas expediciones militares que han ido en busca de datos y de medios, para luego enviar columnas de tropas que *penetren en el país pacíficamente*.

Y ahí están esas ocupaciones del territorio con sus elementos móvil, fijo y de reserva, que dan la paz al país y traen la seguridad de su comercio y el desarrollo de la agricultura, que cada vez van en aumento.

Truenan algunos de los que han visto que en Melilla existe un régimen militar, para que desaparezca y deje amplitud á los desenvolvimientos comerciales, como si el régimen militar fuese el coartor de todas las expansiones mercantiles.

Á estos que así piensan debe hacérseles ver el proceder de Francia en Argelia, y el proceder que exige el estado de incultura y barbarie que los moros reclaman.

Melilla y Ceuta son la demostración de este aserto: como que se basa en Argelia y en la política allí seguida por Francia no poco de cuanto decimos.

El comercio no puede acudir más que allí donde halle garantías de desarrollo y de producto, y no cabe duda que estas garantías sólo se obtienen por medio del aseguramiento de la tranquilidad y la realidad del respeto.

Francia, que jamás ha tenido intereses en Marruecos (en el propio Marruecos); Francia, que comercia relativamente poco con el Imperio, ha llegado á imponer su voluntad y hacerse árbitra en las cuestiones mogrebina.

Y esto ¿qué quiere decir? No quiere decir otra cosa que la penetración y el desarrollo de la civilización y el comercio en Marruecos no debe hacerse más que sobre la base de la fuerza militar, garantizadora de todos los derechos y de todos los deberes.

Federico Pita.



ACADEMIAS DE ÁRABE EN CEUTA Y MELILLA

EXAMENES ANUALES

Ceuta

Al crear en 1906 las Academias de árabe en Ceuta y Melilla, se dió sanción oficial á las que desde fechas muy remotas venían funcionando en estas plazas con carácter particular.

Los informes que en distintas ocasiones elevaron sus gobernadores sobre los provechosos resultados que á su política proporcionaban estos centros de enseñanza, han servido de fundamento al Estado Mayor Central para estudiar con interés tan importante asunto, y publicar en el mes de abril último el reglamento por el cual se rigen actualmente.

Al final de cada curso tienen lugar los exámenes que han de demostrar los conocimientos del idioma obtenidos por los alumnos, y los que de éstos han llegado en el último curso á su posesión completa y se hallan en condiciones de aspirar á los premios anuales de 2.000 ó 500 pesetas, según se trate de jefe ú oficial del Ejército, ó individuo de la clase de tropa.

El resultado de los que recientemente han tenido lugar en la plaza de Ceuta no ha podido ser más satisfactorio. Numerosos jefes, oficiales, clases é individuos de tropa y brillante representación de la población civil han demostrado el interés é importancia que entre nosotros se va concediendo al estudio del árabe.

En la imposibilidad de dar los nombres de todos los que han probado su aplicación y suficiencia, nos limitaremos á consignar los de aquellos que han obtenido las notas de concepción más elevadas:

APROBADOS CON NOTA DE SOBRESALIENTE.

PRIMER GRUPO.—CLASE DE JEFES Y OFICIALES.

Segundo curso.

Primer teniente de Infantería D. Enrique Moguel Laguna.
Segundo ídem de íd. D. Jenaro Lucas Pomares.

Primer curso.

Capitán de Estado Mayor D. José Molina Cádiz.
Idem de Caballería D. Antonio García Polavieja.
Segundo teniente de Infantería D. Juan Mediavilla Elías.

SEGUNDO GRUPO.—CLASE DE INDIVIDUOS DE TROPA Y PAISANOS.

Segundo curso.

Sargento de Infantería Ricardo Navas de Alda.

APROBADOS CON NOTA DE MUY BUENO

PRIMER GRUPO.—CLASE DE JEFES Y OFICIALES.

Segundo curso.

Primer teniente de Infantería D. Emilio Villegas Bueno.

Primer curso.

Primer teniente de Caballería D. Alvaro Fernández Burriel.

SEGUNDO GRUPO.—CLASE DE INDIVIDUOS DE TROPA Y PAISANOS.

Segundo curso.

Sargento de Artillería Nicolás Jiménez Olmedo.
Idem de Infantería Emilio Beneyto Pérez.
Idem de íd. Narciso Gisbert Rodríguez.
Soldado de Artillería José Mendoza Trigo.

Primer curso.

Sargento de Infantería José Gisbert Rodríguez.
Tambor de Infantería Antonio Muñoz Fernández.

No podemos consignar el resultado de los exámenes del tercer curso por hallarse éstos pendientes del viaje de prácticas que han de realizar los alumnos á Tetuán, actualmente suspendido por el estado de excitación en que se hallan las kábilas del Rif.

El ministro de la Guerra, atendiendo las acertadas indicaciones del gobernador de la plaza, viene empleando á los alumnos más aventajados en todos aquellos cargos que requieren conocimientos más profundos del idioma.

Con arreglo á este justo y equitativo criterio, fué nombrado profesor de la clase de árabe para oficiales, en la vacante que produjo la muerte del intérprete Sr. Rizo, el capitán Sr. García del Valle, que el año anterior obtuvo el diploma de posesión completa del idioma; destinado al Negociado de Asuntos indígenas el primer teniente D. Ramón Jáudenes, que también obtuvo el diploma en 1907, y designados el sargento Campos y el cabo Delgado, también premiados, para ocupar, respectivamente, las plazas de suboficial instructor en el *tabor* de la policía marroquí de Tetuán, y de escribiente del Negociado de Asuntos indígenas de Ceuta.

Las clases de la Academia de árabe de Ceuta vienen siendo desempeñadas con gran acierto por el inteligente capitán ya mencionado Sr. García del Valle y el antiguo y conocido arabista D. José Bosmediano, auxiliados ambos por el sargento indígena de la compañía de moros del Rif, Mojamadi Medani.

La dirección y organización de las clases se halla á cargo del celoso comandante de Estado Mayor D. José Priego, gran conocedor de todos los asuntos de esta plaza y de la política del campo fronterizo.

Merecen calurosos elogios este digno jefe y los capitanes profesores por el interés que vienen desplegando para mantener vivo el estímulo de los alumnos y sostener la afición y entusiasmo por el estudio de un idioma cuyo conocimiento puede reportarnos tantas ventajas.

El general Aldave, inspector de esta Academia y primer convencido de la necesidad de ir creando un plantel de oficiales poseedores del idioma, pone á contribución todos sus recursos oficiales, y aun aquellos que dependen exclusivamente de su acción particular y del afecto y simpatía que inspira á sus subordinados, para dar á estos estudios todo el alcance é importancia que merecen.

Melilla

Las circunstancias difíciles por que viene atravesando la guarnición de esta importante plaza africana y el considerable aumento de trabajo que le han proporcionado los nuevos destacamentos de La Restinga y Cabo del Agua, así como las frecuentes expediciones ó paseos militares que viene realizando por el interior del territorio, no han sido motivos suficientes para que deje de prestar primordial interés al estudio del idioma, que ha de facilitarle la comunicación con los habitantes del país.

El ilustre y competente general Marina presta en Melilla, como el gene-

ral Aldave en Ceuta, una gran atención á esta clase de estudios, y sigue con gran celo é interés los progresos que realizan con tenacidad digna del mayor encomio sus entusiastas subordinados.

Forman el cuadro de profesores el intérprete oficial del Gobierno militar, D. Francisco Marín, el capitán de Infantería D. José Riquelme y D. Arturo Díaz.

A cargo del primero corre la clase de jefes y oficiales; al del segundo, la



Capitán de Estado Mayor D. Ricardo Guerrero, propuesto para el primer premio de la Academia de árabe de Melilla.

de los individuos de tropa y paisanos; y al del tercero, la de los paisanos menores de diez y ocho años.

El resultado de los últimos exámenes ha sido en extremo satisfactorio.

En ellos han obtenido la nota de muy bueno los señores siguientes:

PRIMER GRUPO.—JEFES Y OFICIALES.

Tercer curso.

Capitán de Estado Mayor D. Ricardo Guerrero Uguet.

Idem de Caballería D. Mariano Sánchez Lacoste.

Primer teniente de Infantería D. Rodrigo Echevarría Aguilar.

Teniente coronel retirado D. José Echevarría Castañeda.

Segundo curso.

Capitán de Artillería D. José Barbeta Baurell.
Idem de id. D. Cándido Lobera Girela.
Idem de Infantería D. Manuel González Carrasco.
Idem de id. D. Manuel Torres Madrid.
Idem de id. D. Adolfo García Contorné.
Primer teniente de Infantería D. Manuel García Malea.
Celador de Ingenieros D. Baldomero Tabares Acuña.

Primer curso.

Capitán de Infantería D. José Miaja Menout.
Primer teniente de idem D. Ricardo Martín Pinillos.
Idem id. de id. D. Enrique Martín Cano.
Segundo idem de id. D. Antonio Denar Muñoz.
Capellán segundo D. Alejo Fernández Ocaranza

SEGUNDO GRUPO.—CLASES É INDIVIDUOS DE TROPA.

Tercer curso.

Cabo de Infantería Cándido López Castillejo.
Paisano José García Marfil.

Segundo curso.

Sargento de Infantería Ramón García Pérez.
Idem de id. José García García.
Idem de id. Judas Melus Palacín.

Primer curso.

Paisano Adolfo Algarza Ruiz.

TERCER GRUPO.—PAISANOS Y MENORES DE DIEZ Y OCHO AÑOS.

Tercer curso.

Francisco Barros Pérez.

Segundo curso.

Juan Máiquez Ruiz.
Andrés Isaac Herrera.

Primer curso.

Francisco Urenda Miranda.
Antonio Iglesias Seisdedos.

En el año actual ha terminado con verdadera brillantez el tercer curso del estudio de este idioma el capitán del Cuerpo de Estado Mayor D. Ricardo Guerrero Uguet, mereciendo el distinguido honor de ser propuesto para el diploma de posesión completa del árabe y el premio de 2.000 pesetas en metálico, correspondiente á jefes y oficiales.

En la clase de tropa ha obtenido análogo triunfo el cabo de Infantería Cándido López Castillejo.

En los dos años anteriores, que, como antes indicamos, son los que llevan de existencia estas Academias, obtuvieron tan preciada distinción el capitán de Infantería D. José Riquelme, actualmente profesor de la clase de individuos de tropa y agregado al Negociado de Asuntos indígenas, y el distinguido teniente coronel del arma de Caballería D. Manuel F. Silvestre, jefe de la policía española de Marruecos y de nuestras tropas de Casablanca.

EUROPA EN AFRICA envía su más entusiasta y sincera felicitación á los jefes, oficiales y soldados que tanto en una como en otra plaza del norte de Marruecos han sabido hermanar tan bien los deberes militares con la cultura nacional, y colocar tan alto en aquellos pedazos de tierra africana el buen nombre de su patria.



M E L I L L A

COMPAÑÍAS Y FERROCARRILES MINEROS EN EL RIF

Dos Compañías, una española y otra francesa, si bien domiciliada en España, consiguieron autorización del Roghí para explotar yacimientos metálicos enclavados en Beni-Bu-Ifrur, á unos treinta kilómetros de la plaza de Melilla.

El Sindicato español, que funciona con la razón social *Minas del Rif*, y está constituido por cuatro grupos financieros representados por los señores D. Clemente Fernández, D. Enrique Macpherson, D. Juan Antonio Güell y el conde de Romanones, obtuvo la explotación de unas riquísimas minas de hierro en los montes de Uixán, y la Compañía francesa, conocida con el nombre de *Norte Africano*, la de unos yacimientos de plomo en Afra.

El Sindicato español confió al inteligente ingeniero de caminos D. Manuel Becerra, cuya cultura y patriotismo elogió justamente esta Revista al ocuparse de su interesante folleto *Zona de influencia española en el Rif*, el estudio de un proyecto de ferrocarril de vía estrecha que, arrancando de los límites del campo exterior de aquella plaza, terminase en la cumbre del monte Uixán, en que se hallan los yacimientos de hierro.



D. Manuel Becerra, ingeniero director de las obras de los puertos de Melilla y Chafarinas y del ferrocarril minero español.

Este ferrocarril empalma en las inmediaciones de la Posada del Cabo Moreno con el de la Junta del Puerto, que, como nuestros lectores saben, fué concedido por el Gobierno español al Sr. Becerra, y cedido por éste gratuitamente á la referida entidad española, rechazando 25.000 francos y la dirección de sus obras, que por el traspaso le ofrecía la *Compañía francesa Norte Africano*.

Desde los límites de nuestra plaza se interna el ferrocarril en territorio rifeño, contorneando las faldas del robusto macizo montañoso denominado el Gurugú; atraviesa el contrafuerte que termina en el Atalayón por el collado de este nombre, á nueve kilómetros y medio de Melilla; salva las pequeñas estribaciones montañosas sobre las que se halla la caseta número 3, y bordeando la Mar Chica descende en suave pendiente hasta el barranco de Tarka. Pasado éste y una pedregosa ensenada de la Mar Chica, en la que se ve una

casa de moros rodeada de chumberas, sube por rápidas pendientes el último espolón del Gurugú hasta alcanzar el collado de Nador, en el que existen la caseta número 4, un café moro y una casa rodeada de altas tapias.

Desde este collado el ferrocarril se separa de los bordes de la Mar Chica y desciende rápidamente en dirección Sur hacia el poblado de Nador, situado en el llano, á unos quince kilómetros de la plaza.

Este poblado, rodeado de espesas chumberas, es uno de los de mayor importancia de la región por sus viviendas, sus pozos de agua potable y sus depósitos de granos.

A una distancia de 200 metros, en medio de una extensa y hermosa llanu-



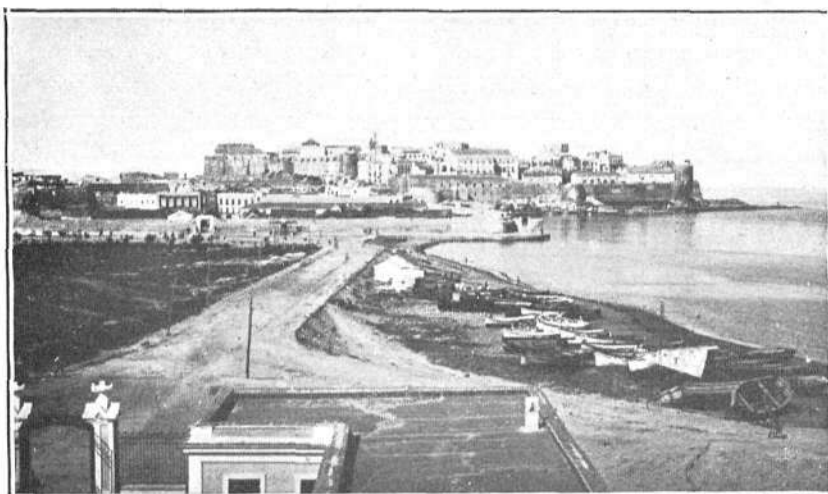
Melilla.—Vista del barrio del Polígono desde Cabrerizas bajas.

ra, rodeada de numerosas huertas y chumberas, y dominando los poblados de Nador, Barraca y Segangan, se eleva la estación de Nador, de sólida construcción y en condiciones de poder utilizarse para la defensa de este importante punto.

Un kilómetro más allá de esta estación se encuentra el arroyo de Nador, y á otro de éste un pozo de agua potable y abundante.

El valor del agua es considerable en esta región, tanto por su escasez como por ser la que generalmente se encuentra salobre y de muy malas condiciones de potabilidad.

A los 17 kilómetros de la plaza y á medio de este último pozo se está construyendo la quinta caseta. Poco después cruza el ferrocarril el arroyo de Barraca, y avanzando rodeado de chumberas y frondosas huertas, llega á la altura del poblado de este nombre, situado á 18 kilómetros de Melilla. A poca distancia abandona la fracción de Mazuza, penetra en la de Benisicar, y entre feraces campos de cereales, cortados por pedregosos barrancos enclavados en la fracción de Beni-Bui-Gamart, recorre una distancia de dos kilómetros y se interna en la de Beni-Bu-Ifrur.



Melilla.—Vista de la población desde el fuerte de San Lorenzo.

Serpenteando el pintoresco curso del río Uixán y las huertas y poblado de Segangan, alcanza en el kilómetro 28, ceñido por enormes alturas á la derecha y profundos barrancos á la izquierda, el cementerio y poblado de Adlaten, al pie del acantilado de su nombre.

Cruza después el arroyo de Sidi-Busbad, de abundante caudal de aguas potables, el camino de Seluán á Adlaten, y ascendiendo por rapidísimas pendientes enajadas de chumberas pertenecientes al poblado de Sidi-Busbad, escala la cumbre más baja del monte Uixán, donde se hallan á más de 400 me-



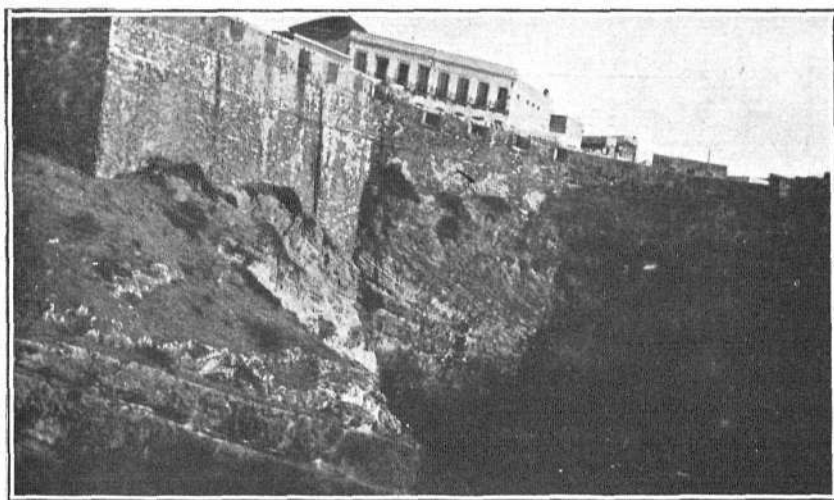
Melilla.—Puerta de Santiago.

tros sobre el nivel del mar los yacimientos de hierro y las dos casas construidas para su explotación por la Compañía española *Minas del Rif*.

El desarrollo de este ferrocarril desde los límites de la plaza hasta los yacimientos del mineral vendrá á ser aproximadamente de unos treinta kilómetros.

Entre los diez y veinte salva por dos puentes de 20 metros de luz el paso de los ríos Nador y Beni-Buigamart, por uno de 25 el del Uixán, y por otro de 12 el de Barraca.

En los últimos diez kilómetros de su recorrido contournea los macizos inmediatos á las estribaciones del Gurugú hasta alcanzar el collado de Adlaten y las elevadas colinas que forman el monte Uixán, salvando en tan corta dis-



Melilla.—Muralla de la Alcazaba.

tancia una diferencia de nivel de 250 metros, y pasando el río Salado por un puente de 20 metros de luz, y el collado de la casa del Scherif por un túnel de 98 metros de longitud y 25 de carga.

*
*
*

Este ferrocarril, que á primera vista parece que no ha de tener más finalidad que la explotación de una inmensa riqueza minera, calculada sólo por lo que exteriormente se descubre á flor de tierra en más de diez millones de toneladas de mineral con una enorme proporción de un 65 á 70 por 100 de mineral puro, encierra para España, considerado bajo otros aspectos, una importancia grandísima, en la cual conviene que se fije con verdadero interés la opinión pública.

Con la terminación de esta vía férrea se conseguirá la unión del importante núcleo montañoso de Uixán con la plaza de Melilla, y la posesión y soste-

nimiento de una posición de mejores condiciones que la del Gurugú para la penetración en la llanura de Seluán.

Está formado aquel macizo montañoso principalmente por siete accidentadas colinas de abruptas y quebradas vertientes, que elevan sus riscos y picachos á una altura de cerca de 900 metros sobre el nivel del mar.

Su especial situación en la llanura y terreno que la rodea es verdaderamente admirable, y su posesión se ha de hacer siempre necesaria para todo el que pretenda dominar la planicie que se extiende desde la Mar Chica hasta las primeras estribaciones del Mediano Atlas, en que se eleva la ciudad de Taza.

Desde sus cumbres dominantes se divisa: por el Sur, las fracciones de Beni-



Melilla.—Casa-oficina de la Junta de Obras del Puerto.

Sidel y Beni-Buyahi; por el Este, la de Mazuza, la llanura de Seluán y los montes de Yula y el Gemis; por el Oeste, las vertientes orientales y cúspides del Gurugú, y los poblados de Berugal, Faquelán, Adlaten, Tiata y Tabidor; y por el Norte, en dirección del curso del río Uixán, los poblados de Sidi-Pusbad, Segangan, Barraca y Nador, el Zoco de Sidi-Gaiat-Auman, los montes de Axara y Atalayón, y la Mar Chica.

Al norte del Uixán se encuentra el monte Axara, y entre ambos forman el profundo cauce del río Salado, por donde se precipita en impetuosa corriente hasta alcanzar el valle y desembocar en la Mar Chica.

En sus vertientes se ve con abundancia el óxido de hierro magnético.

Siendo tan grande el interés político-militar de este ferrocarril, es mucho mayor la influencia que indudablemente ha de ejercer en las comunicaciones de esta importante región y en el consiguiente desarrollo comercial de la plaza

de Melilla el día que se prolongara hasta unirle con las poblaciones de la parte occidental de Argelia y del norte del Imperio de Marruecos.

Si desde el collado de Adlaten se llegase á continuar este ferrocarril, llevándole por Taza á Fez, Melilla tendría que ser forzosamente el puerto de esta importante capital y de la zona riquísima que la rodea.

Esta incalculable ventaja, unida á su situación en el Estrecho y á su proximidad á las costas europeas, elevaría tan rápidamente el movimiento comercial de Melilla, que en no muy lejano plazo llegaría á convertirse en la población más importante de Africa en la costa del Mediterráneo.

Si á todos estos factores que habrían de contribuir indiscutiblemente al



Melilla.—Caseta del Atalayón.

desarrollo del puerto de Melilla quisiéramos añadir los que provinieran del movimiento mercantil de Argelia, fácilmente lo conseguiríamos dando salida económica á todos los productos de la parte occidental de esta colonia francesa por un ramal que, partiendo de Nador, atravesara por la llanura de Seluán y Zaio, y fuera á empalmar en La-la-Marnia con la red de ferrocarriles argelinos.

Otras importantes líneas podríamos señalar dentro de esta zona marroquí que, siguiendo el trazado impuesto por las necesidades de sus poblaciones y de la riqueza de algunas comarcas, están indicadas para contribuir en el porvenir al crecimiento comercial de nuestra plaza africana; pero creemos que basta con lo expuesto para que nuestros lectores se formen idea de lo que pudiéramos llegar á conseguir en el norte de Marruecos si, como nuestros vecinos los franceses, lleváramos la política de *penetración pacífica* con tenacidad y buena orientación.

Todas estas consideraciones es necesario que penetren en la opinión para

que se deseché la idea absurda, propalada por malos españoles ó por gente interesada en contrarrestar nuestra preponderancia en Africa, de que los esfuerzos que realicen nuestros Gobiernos para apoyar la construcción de ese ferrocarril, y las ventajas que de ella se desprendan, van encaminados exclusivamente á proteger los intereses de una Empresa industrial, pues, aparte de que es siempre deber de todas las naciones el defender los intereses de sus súbditos, dondequiera que éstos se manifiesten, y de ello nos dan altos y nobles ejemplos las que marchan á la cabeza de la civilización y del progreso, Espa-



Melilla.—Estación de Nador.

ña tiene una misión histórica que realizar, y el deber de asegurar su independencia y la expansión de su raza.

En esta obra grandiosa se funda el porvenir de nuestra patria, y para su desarrollo no debemos escatimar sacrificio alguno.

La política de nuestros estadistas debe apoyarse en una gran constancia y energía que lleve adelante nuestros propósitos y arrolle los mil y mil obstáculos que en mezquina y persistente lucha nos han de oponer los mismos que en halagadoras frases nos hacen protestas de noble y sincera amistad.

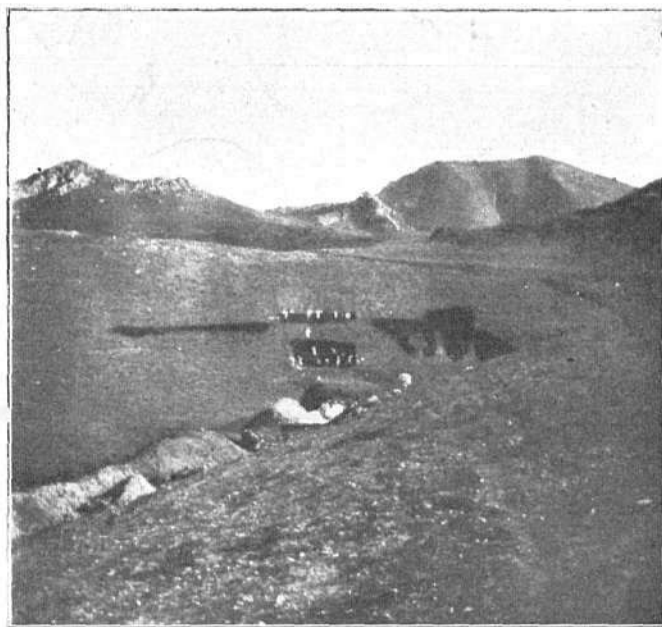
*
* *

Por divergencias de criterio entre las representaciones de las dos Compañías mineras no pudieron llegar á un acuerdo en la construcción del ferrocarril para la conducción del mineral al muelle de embarque, y determinaron

hacer cada una el suyo, á pesar de servir ambos para enlazar puntos muy inmediatos y recorrer el mismo terreno.

La línea de la *Compañía Norte Africano* arranca de los espaciosos almacenes, depósitos y talleres levantados á un kilómetro de los límites de la plaza, cruza la llanura de Beni-Ensar, y muy en breve llegará al pie del Atalayón, si los trabajos no se ven nuevamente interrumpidos.

Por medio de una transversal se enlaza con estos almacenes el lavadero de



Melilla.—Ferrocarril español: Boca de entrada del túnel.

minerales que actualmente se está construyendo en las inmediaciones de la Posada del Cabo Moreno.

El material móvil de que dispone para el transporte de viajeros, mercancías y minerales es moderno y muy completo.

* * *

Cuando se iniciaron las gestiones para obtener la concesión de las minas se hallaba el territorio del Rif dominado por el Roghí. Con el fin de conseguir su beneplácito y el apoyo de los kaídes del campo que por su prestigio podían dar más seguridades á las Compañías explotadoras, tuvieron éstas que hacer cuantiosos desembolsos, que algunos hacen subir, con los gastos realizados, á más de cuatro millones de pesetas.

Empezaron los trabajos de ambas Empresas reinando la mayor armonía entre españoles y moros: peatones, jinetes y carruajes circulaban con la más

absoluta tranquilidad por los caminos que conducen á Seluán y Beni-Bu-Ifrur.

Todas las clases sociales de la plaza de Melilla y de los poblados del campo moro se regocijaban del bienestar que les proporcionaban las corrientes de actividad y de comercio que empezaban á establecerse. La infranqueable barricada que obstruía la salida de nuestro territorio estaba rota, al parecer. Una hábil preparación política había dado como resultado la penetración en



Melilla.—Inmediaciones de Barraca.

el Rif, tan deseada por cuantos quieren ver ensanchados en Africa los horizontes de la patria.

A pesar de estas manifestaciones de cordialidad, no aparecía la situación tan clara y despejada para todos aquellos que, conociendo bien el carácter de los rifeños, venían estudiando á fondo estas cuestiones y no se dejaban seducir por las exterioridades. No podía ser estable y duradera esta aparente armonía: estaba asentada en cimientos poco sólidos y fácilmente destruibles por la ambición ó la inmoralidad moruna.

La acción política había sido incompleta y débil. A las patrióticas iniciativas particulares faltó la *protección armada*, que habría dado á estas Empresas las garantías de estabilidad indispensables, y á España los puntos de apoyo para establecer los jalones en que ha de asentar su obra civilizadora en el Rif.

No tardó en iniciarse en Beni-Uriaquel por unos cuantos ambiciosos un movimiento de protesta contra el Roghí, que pronto repercutió en Beni-Bu-

Ifrur, encontró eco en otros aduares más lejanos, y llegó en pocos días á destruir la obra que durante muchos meses había venido laborando España.

Acosado por fuerzas numerosas, sin medios para rechazarlas, se vió obligado el antiguo pretendiente á encerrarse en la alcazaba de Seluán, desde donde sostuvo la serie de combates que nuestros lectores ya conocen y que terminaron con su retirada á Taza.

Nuestra indiferencia ó tal vez premeditada conducta en esta lucha, sostenida á las puertas de la plaza con el que hasta entonces nos había dado más



Melilla.—Mujeres rifeñas conduciendo leña á la plaza.

facilidades para penetrar en su territorio, fué, en nuestro concepto, un grave error político que antes ó después tendremos que pagar con algo de más valor que las pesetas entregadas por las Compañías industriales.

Si este osado é inteligente rebelde hubiera ejercido su autoridad en la zona fronteriza de cualquier colonia francesa, es casi indiscutible que nuestros vecinos le habrían conquistado, apoyado y sostenido para desarrollar con él la política más útil y conveniente á sus planes de expansión territorial y comercial.

Nosotros no hemos sabido ó no hemos querido seguir esta norma de conducta, patentizada por la experiencia como de resultados más seguros y positivos, y hoy ya empezamos á tocar las lamentables consecuencias de tan importante equivocación.

Los jefes del movimiento insurreccional hicieron á nuestras autoridades en el período de la lucha con el pretendiente todo género de ofrecimientos y promesas para mantener con ellas estrecha amistad y convencerlas de que en el porvenir respetarían las concesiones otorgadas por su contrincante; pero estas habilidades morunas, ni eran fruto de sinceros sentimientos, ni tenían otra finalidad que la de evitar que al acudir aquéllas en circunstancias críticas é indecisas de la lucha á la defensa natural de los intereses españoles creados en su territorio, inclináramos el brazo de la balanza en favor de nuestro concesionario Muley-Mojamed.

Consiguieron por fin los enemigos del Roghi el triunfo completo de sus pretensiones políticas y guerreras. Nosotros permanecimos inactivos, y ellos



Alcazaba de Seluán.

lograron con la huida de su contrincante el dominio del campo fronterizo. En cambio, España no conseguía, á pesar de sus activas solicitudes, el cumplimiento de sus repetidas y solemnes promesas, ni el respeto de las concesiones otorgadas. Cada día buscaban nuevas dilaciones, basadas en engaños rastreros ó ridículos pretextos.

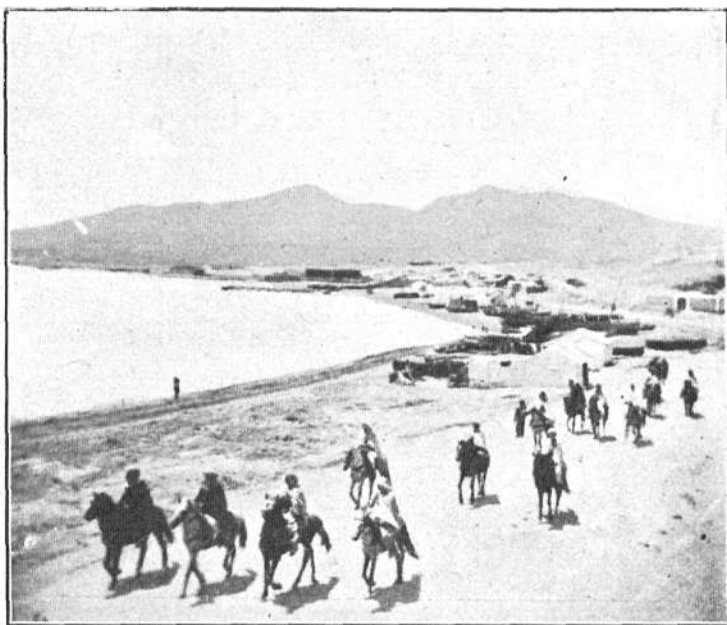
Nuestra autoridad, defendiendo con gran celo y energía los intereses de las Compañías españolas, apremió con tal insistencia á nuestros falsos amigos, que, no encontrando éstos nuevos pretextos que oponer para continuar su sistemática obstrucción, trataron de escudarse con el Sultán, anunciando al general Marina que sin el consentimiento de su Soberano no podían permitir que continuaran las obras empezadas.

¡Bufo ó más bien sarcástico pretexto de una gente que hace alarde de cobijar y proteger en su territorio á todo el que se rebela contra la autoridad, y que nunca ha reconocido para nada la de ningún Sultán, y mucho menos la insegura y vacilante de Muley-Hafid!

El inicuo proceder de los jefes del campo era ya suficientemente claro para

persuadirnos de que nuestra noble conducta nos había hecho una vez más víctimas de las artes rastreras de los rifeños; pero para revestirnos por completo de razón hemos apurado aún la defensa de nuestros derechos en el orden legal, llegando hasta elevar nuestras quejas al Maghzen, sin haber con ello conseguido que encontraran eco en sus taimados individuos ni recibieran cortés respuesta.

En vista de la situación verdaderamente insostenible que se había creado en el campo fronterizo, la *Compañía Norte Africano*, haciendo uso de un

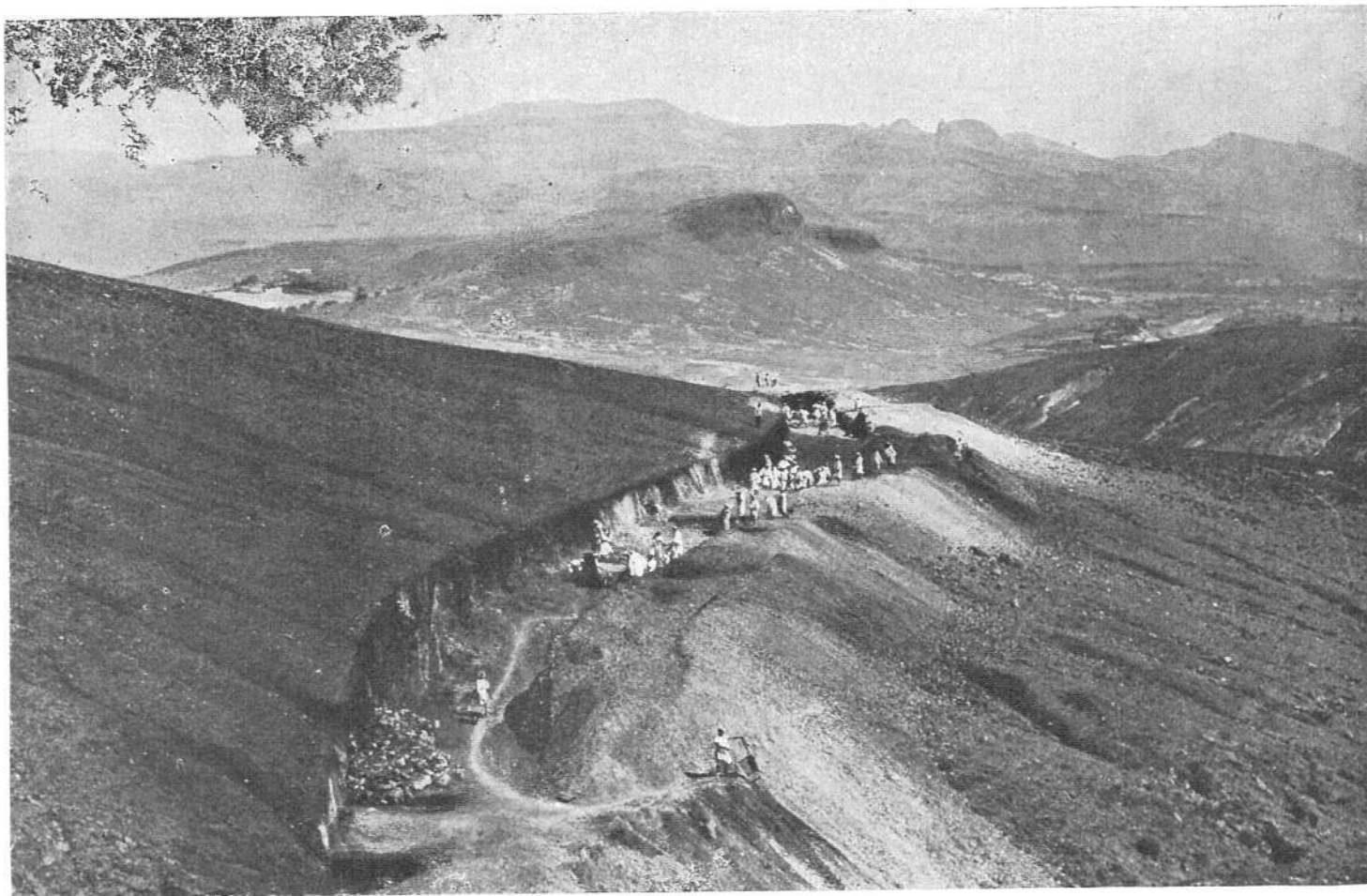


Kaides y jefes entrando en Melilla para conferenciar con el general Marina.

perfecto derecho, intentó, aunque sin éxito, empezar nuevamente sus trabajos partiendo del Muluya.

Nuestra autoridad en Melilla no podía, por otra parte, consentir que lentamente fuera desapareciendo el tráfico por la inseguridad del territorio, ni presenciar inactiva el relajamiento de nuestro prestigio, y, como consecuencia, la pérdida completa de intereses y ventajas á costa de tantos esfuerzos conseguidos. Confaba, sin embargo, en que nuestros derechos podrían ser defendidos por el convencimiento de la razón, sin apelar á medios bruscos ó violentos.

¡Tristes esperanzas las del ilustre y valeroso general Marina! Su prudente y moderada actitud, que ante la consideración de cuantos conocen los rasgos de su impetuoso y enérgico carácter representaba un poderoso esfuerzo de su voluntad para sacrificar sus impulsos naturales á las conveniencias políticas de su patria, fué interpretada en el campo moro como innegable prueba de



Melilla.—Obreros de las minas reconstruyendo la vía férrea española.

debilidad ó impotencia nacional, que cada día acrecentaba más y más la insolencia de los usurpadores del antiguo poder del Roghi.

Era necesario poner honroso término á este estado de cosas. Así lo exigía el decoro nacional, y así lo comprendió también el prestigioso gobernador de aquella plaza al determinar, de acuerdo con el Gobierno, que se reanudarán los interrumpidos trabajos en las vías férreas, más allá de los límites.

Con esta acertada disposición se rompió el bloqueo mantenido durante ocho meses por la traición de los que se habían durante largo tiempo llamado amigos de España.

El general Marina ofreció mantener con ellos cordiales y amistosas relaciones si contribuían lealmente al desenvolvimiento de la obra civilizadora que con tanta generosidad se les brindaba: pero al propio tiempo les hizo también conocer su resuelto y decidido propósito de combatir por la fuerza de las armas á los intransigentes que por cualquier medio tratasen de hostilizar á los obreros ó impedir la continuación de los trabajos.

Esta enérgica resolución motivó varias juntas de moros influyentes en la Aduana de Mazuza, Posada del Cabo Moreno, Zoco de Benisicar y otros puntos del territorio fronterizo. Sería interminable el relato de los mil cabildos y discusiones que mantuvieron los representantes de las tribus congregadas. Tras de vivísimas y acaloradas disputas entre los mantenedores de distintos criterios surgieron dos bandos con tendencias claramente determinadas: el de los fanáticos é intransigentes, que á toda costa querían impedir la continuación de los trabajos, y el de los que, convencidos de las ventajas y el bienestar que les proporcionaba nuestra amistad, querían que continuáramos la obra iniciada, y se mostraban dispuestos á prestarla su apoyo. Unos y otros enviaron sus representantes al general Marina; éste escuchó con calma á todos, y después, en prudentes y razonadas observaciones les hizo ver la situación á que podía arrastrarles la injustificada actitud de los rebeldes é intransigentes. Puso de relieve la conducta de estos miserables ingratos, que en su mayor parte debían la vida á España por haberlos noble y generosamente amparado bajo su bandera cuando en sus recientes luchas se vieron agobiados y perseguidos por sus enemigos. Y, por último, puso término á estas conferencias asegurándoles que, fuera la que quisiera su actitud, los trabajos se reanudarían, apoyándolos con las fuerzas españolas si la temeraria conducta de los intransigentes le obligaba á tomar esta resolución.

Las promesas del general se cumplieron en todas sus partes. Al día siguiente el ingeniero jefe de la Compañía *Minas del Rif*, Sr. Becerra, acompañado del ayudante Sr. Merino y del contratista Sr. Barrachina, dictó las disposiciones necesarias para que los obreros reanudaran sus tareas, y después se internó en el campo moro hasta la primera caseta de la vía férrea para reconocer personalmente los desperfectos que hubieran producido los rifeños en el tiempo que han permanecido abandonadas las construcciones.

Por su parte, M. Beaufour, ingeniero director de la Compañía *Norte Africano*, dispuso también la continuación de las obras interrumpidas.

Los moros fueron poco á poco acudiendo á solicitar trabajo, y la construc-

ción de las dos vías férreas ha llegado en poco tiempo á adquirir su antiguo carácter de actividad y movimiento.

Tal es el estado del campo fronterizo á Melilla al entrar en máquina este número.

¿Qué sucederá? Difícil es preverlo. Lo mismo puede ocurrir que todo continúe en calma y con tranquilidad por la imposición del buen criterio de aquellos que desean la paz y el bienestar de su territorio, como que los fanáticos é intransigentes se lancen á insensatos atropellos, y destruyendo las obras ejecutadas ó atacando á los obreros europeos, nos obliguen á intervenir con las armas en defensa de nuestros derechos.

Lo que sí puede asegurarse, á pesar de esta aparente tranquilidad, es que la situación es grave y que debemos prevenirmos para futuras contingencias, enviando rápidamente al general Marina todos los recursos necesarios para hacer frente á las circunstancias.

Los que conozcan algo la vida y costumbres de los rifeños no ignoran que ésta es la época mejor para sus empresas bélicas, pues hecha la recolección de sus cosechas, y recogido también el producto de sus trabajos agrícolas en Argelia, tienen recursos sobrados para sostenerse y adquirir municiones, que no faltará seguramente quien las proporcione en abundancia.

Esperemos los acontecimientos, y quiera Dios que si han de ser resueltos por nuestro valeroso Ejército, no nos sorprendan sin la preparación necesaria para que España pueda sostener desde el primer instante con el brío tradicional de su raza el honor y dignidad de su inmaculada bandera.



HIGIENE TROPICAL

OBRAS DE SANEAMIENTO

II (1)

Nuestros procedimientos colonizadores, encomendados casi exclusivamente á frailes y soldados desde los tiempos más remotos hasta hoy mismo, no son, en verdad, suficientes para conseguir grandes éxitos en la explotación permanente y reproductiva de comarcas vírgenes, que guardan y defienden contra el europeo, en general, las riquezas que atesoran, bajo la triple llave del viaje penoso, el indígena hostil y el clima mortífero; nosotros, sobre las bases religiosa y militar, apoyadas en un elemento burocrático, central ó de

(1) Véase el núm. 4.º (abril, 1903) de *EUROPA EN ÁFRICA*.

exportación, adventicio é improvisado, hemos pretendido siempre, y seguimos intentándolo con las escasas energías que nos van quedando ya, *facilitar* los viajes subvencionando barcos viejos, de escaso andar y sin ninguna condición especial adecuada para ese determinado cometido; *atraer* al indígena bautizándole á la fuerza ó á fuerza de disgustos, y *sanear* el clima... «echando carne en el asador», como suele decirse; dejando que sea obra problemática de la Naturaleza y de la resistencia individual, lo que debiera ser resultado seguro é inmediato de unas racionales obras de saneamiento.

Así es que el desarrollo de nuestro proceso colonial, con los sistemas invariables que seguimos, no puede ser más lógico: desde que conquistamos una colonia como muchos sabemos, y la poseemos como algunos presenciamos, hasta que se subleva y se nos escapa, ó nos la quitan, como todos hemos visto, la totalidad del proceso, en sus diferentes y sucesivas fases, obedece á una lógica inflexible, en constante armonía y relación de causa á efecto con nuestros peculiares procedimientos colonizadores, los cuales, por el mero hecho de ser ya únicos en el mundo, no, desgraciadamente, porque estén todavía bastante desacreditados entre nosotros, debemos esperar que irán modificándose, y que las lecciones del pasado servirán de enseñanza para lo porvenir, siquiera no lo sean aún para el presente.

Procuremos nosotros proceder con lógica también, aunque con más sanas orientaciones, y evitemos á toda costa que nadie pueda con justicia tacharnos de sistemáticos inveterados en la afirmación de principios sin pruebas que los apoyen, como hemos sostenido que lo son otros, en la continuación invariable de procedimientos erróneos; demostremos ante todo, por lo que hace á nuestro punto de vista actual, que no sólo no hacemos nada respecto á saneamiento permanente en nuestras colonias, sino que no podemos hacerlo, ni se hará mientras no variemos radicalmente de procedimientos colonizadores, lo cual es muy urgente.

Nosotros, hoy por hoy, lo mismo que en remotos tiempos, al fraile que admitimos, protegemos y pagamos en nuestras colonias, no le encargamos y exigimos que sea un agente pacificador y conciliador que con dulzura y suavidad se haga grato, atractivo y hasta necesario en muchas ocasiones al indígena, como al ocupar los territorios llamados vulgarmente «del Muni» nos encontramos con que lo eran allí, sostenidos por Francia, los padres católicos del Espíritu Santo, y en otros puntos del continente varios pastores de diversas sectas protestantes, sostenidos por diferentes Asociaciones evangélicas norteamericanas é inglesas, que también los sostienen en la propia isla de Fernando Póo. Nosotros dejamos á nuestros frailes que desplieguen en todo su esplendor la nativa intolerancia catequista que les distingue, bautizando, confirmando, confesando, comulgando, sacramentando, ordenando y casando por la Santa Madre Iglesia, sin reparar en medios, por violentos é indelicados que sean, á cuantos indígenas cogen por su cuenta, é incluso les consentimos que por la misma adquieran y exploten fincas, para lucrarse con sus productos; circunstancias todas que, como institución ó clase, los hace poco á propósito para estrechar los vínculos de afecto, por su conducto y su conducta,

entre españoles é indígenas, siendo ésta, por el contrario, origen de frecuentes conflictos espirituales y materiales, que suelen ser los más graves, porque de los primeros acostumbran hacer ellos poco caso: hoy los casa el fraile con grandes ceremonias, apuntándolos solemnemente en la lista de los convertidos, y mañana se descasan ellos con la mayor sencillez, dejando por otra ú otras á la esposa legítima, que ni se desconsuela mucho, ni está tampoco largo tiempo sin encontrar nuevo acomodo... Y sin que el fraile casamentero se apure gran cosa por su parte, pues, como individuos, los hay muy simpáticos y campechanos.

Algo por semejante estilo pudiera también decirse de nuestro otro predilecto elemento colonizador, ó sea, del militar. Nosotros, al que enviamos á nuestras colonias, le exigimos mucha disciplina, mucha energia y mucho rayadillo, sin perjuicio de embarcarlo en cualquier época del año, sin precaución sanitaria alguna; de alojarlo y mantenerlo allí medianamente, porque ésta es la fecha en que no existe reglamento alguno especial y completo para tan importantes extremos; y de repatriarlo hecho una lástima, al cabo de unos cuantos meses, si es que no deja por allá sus huesos, como suele ocurrir con lamentable, lamentada é irremediable, al parecer, frecuencia. Es decir, que ese elemento, como el anteriormente aludido, que bien seleccionado y aleccionado pudiera ser un excelente civilizador y un colonizador eficacísimo, no es, en nuestras posesiones coloniales próximas ó lejanas, más que un instrumento de fuerza, preparado y dispuesto siempre, en el papel al menos, para la guerra y la resistencia; no para otros fines *pacifistas*, sanitarios, comerciales, agrícolas, industriales é instructivos que el Ejército y la Armada pueden y saben desempeñar muy bien cuando oportunamente se les encomiendan, ó se les deja libertad de acción á sus representantes coloniales para realizarlos, como lo demuestran los dos hechos siguientes, de flagrante actualidad y abrumador contraste, para enseñanza y escarmiento nuestros, que es lo que perseguimos, y por eso se citan aquí; no para halagar ni molestar á nadie:

1.º Nunca progresaron tanto en aquellos aspectos *pacifistas*, bases seguras de positivo y permanente engrandecimiento, nuestras antiguas colonias cubana y filipina, tan pobres entonces en obras públicas de todas clases, como bajo el reciente régimen militar á que las sometieron los norteamericanos, en sustitución del nuestro, militar también y teocráticomilitar, respectivamente; pero, á nuestro modo, muy parecido en el fondo, aunque la apariencia haya variado algo, al que seguimos empleando é imponiendo en el reducido dominio colonial que nos queda todavía allá en Guinea... Reducido á su mínima expresión por el peso incontrastable de nuestra modalidad colonial, asfixiante, rutinaria é incommovible.

2.º La plaza de Melilla, que nos pertenece desde 1496, en que Pedro Estopiñán la conquistó para España; que hasta 1556 tuvo nada menos que un capitán general, siendo éste el duque de Medina-Sidonia, como quien no dice nada; que ha sido atacada y sitiada varias veces por los moros, disputándose la nosotros siempre con verdadero heroísmo, conservándola á fuerza de sangre y de dinero, pues su presupuesto militar asciende á unas cincuenta

mil pesetas diarias en tiempos normales; que podría ser un riquísimo centro comercial africano de exportación é importación marítimas, á poco que hubiéramos querido utilizar las magníficas condiciones naturales de su soberbia rada, no sirve ni siquiera para efectuar sin peligro los desembarques de tropas y pertrechos de guerra que con tan lamentable frecuencia son necesarios..., porque carece todavía de un puerto que merezca este nombre.

Quod erat demonstrandum, ó sea: que el fraile, pensando sólo en la vida eterna y en la salvación del alma; el militar, teniendo que circunscribir sus iniciativas entre el mando y la obediencia, con arreglo á Ordenanza; y el burócrata, limitando las suyas á complacer al ministro que «tuvo á bien» darle el destino, sin permitirse nunca la menor observación, para que no se enfade y «tenga á bien» quitárselo, no son, ni pueden ser, ni nunca han sido, ni serán elementos aptos y fecundos para conseguir, sostener y mejorar ningún trabajo serio de colonización práctica y remuneratoria para la colonia ni para la metrópoli respectiva y los europeos en general. El fraile, como maestro de lectura, escritura, las cuatro reglas y algún oficio manual; el militar, como garantía del orden é instructor en otras enseñanzas algo más elevadas; y el burócrata, técnico é inamovible, como asesor responsable en los asuntos de su competencia y ante las autoridades científicas correspondientes, ya darían más y mejores frutos entre nosotros al presente, como los dan en otros muchos países menos estacionarios.

En estos últimos años hemos descubierto aquí otro elemento colonizador que ha costado ya bastante dinero (sería tan interesante como sorprendente averiguar cuánto), que podría haber producido muy buenos resultados, pero que, siguiendo nuestras funestas é inveteradas tradiciones, ha sido en pura pérdida, ó poco menos: nos referimos á las *Comisarias regias*, *Comisiones especiales*, *investigadoras*, *de estudios*, etc., etc. En cuanto la opinión pública por medio del Parlamento ó de la prensa, ó un personaje influyente por medio de una carta ó una tarjeta respaldada, muestran algún recelo ó manifiestan algún deseo respecto á la administración general ó estado particular de las colonias que aún nos quedan, se nombra un caballero, ó varios (eso sí), bien retribuidos (eso también), para que sin pérdida de tiempo, es decir, embarcando en el primer vapor que salga, pues luego puede perder el que guste, pase á Fernando Póo, ó al Muni, ó á Río de Oro, ó no pase de Canarias á veces, para que como comisario regio, delegado, enviado ó como quiera llamársele, que por el nombre no suele haber disputas, «escamonde, monde, entresaque, pula y atilde» el asunto que se le haya encomendado, venga ó no á pelo, para salir del paso casi siempre y hacer que hacemos; debiendo después escribir una Memoria lo más voluminosa posible, que se le pide con gran necesidad, ó bien para imprimirla por cuenta de la casa y repartirla profusamente, si alaba al señor ministro, ó bien para archivarla cuidadosamente aunque se agradezca de real orden, si no llena aquel requisito; pero con el decidido propósito en ambos casos de no hacer ninguno á nada de lo que en las Memorias se diga, proponga ó recomiende bajo la responsabilidad de sus autores, mucho más atendible y efectiva siempre, hablando con el debido respeto, que la

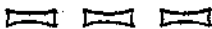
propia del citado funcionario, ya que aquéllos son, en general, personas especialistas é inteligentes, mientras que éste no es, por lo común, más que «persona grata» al señor que repartió las carteras.

Me toca tan de cerca esto de las Comisarias regias coloniales *dernier cri*, y cuento con amigos tan queridos entre los diversos comisionados *last fashion* ahora en auge, que temo no ser todo lo imparcial que desearía insistiendo en el tema; por lo cual lo dejaremos en este punto, limitándome á consignar que si, según parecía natural y lógico, se hubieran atendido los consejos y realizado las reformas formulados y propuestas por comisionados peritos á quienes se buscó é instó para que fuesen allá, hace años que estarían resueltas satisfactoriamente muchas cuestiones graves, pendientes todavía de remedio y origen de evidentes perjuicios, entre los que merece particular mención la puerta que se deja abierta al continuo envío de nuevos comisionados «á petición de parte», con nuevos gastos y flamantes Memorias, que se publicarán ó archivarán, sin hacer adelantar un paso á la colonia en ninguno de sus aspectos; porque está visto que aquí en esto, como en tantas otras cosas, lo principal es «pasar el rato».

Por lo que respecta al interesantísimo aspecto sanitario, bien puede afirmarse que sólo por nuestros viciosos procedimientos coloniales, de que acabamos de dar idea, no hemos pasado aún, ni pasaremos mientras no cambiemos mucho, del período preparatorio, meramente teórico, de estudio é investigación, que podrá ser hasta brillante inclusive; pero que no modifica en nada, mejorándola, las condiciones de habitabilidad y consiguiente vitalidad de una colonia, como se conseguiría en las nuestras sin más que aplicar algo de lo que ya sabemos por nosotros mismos hace muchos años, y de los infinitos ejemplos que las demás nos proporcionan...

Aparte de que ya va siendo hora, me parece, de no perder más tiempo ni tirar más dinero en probaturas, cuando nos sobran datos y elementos para hacer obra práctica, según demostraré en el artículo próximo.

Federico Montaldo,
Médico higienista.



MAPA DE MARRUECOS CON ROTULACIÓN EN ÁRABE

POR EL CAPITÁN DE ESTADO MAYOR D. MÁXIMO AZA Y ÁLVAREZ

El trabajo cartográfico del Sr. Aza viene á enriquecer los medios de estudiar la geografía del imperio de Marruecos y desarrollar una propaganda eficaz entre el elemento indígena, que influirá ventajosamente en la acción política que España realiza en el Mogreb.

Concedemos grande importancia á la rotulación en árabe de este mapa. Es idea iniciada por Francia, que dedica á estos trabajos una atención especial y progresiva; pero mejorada notablemente. Y solamente á los que hayan hecho profundos estudios del idioma árabe les será permitido apreciar las dificultades de semejante rotulación, procurando adaptar la pronunciación indígena á nombres exóticos, muchos de los cuales no tienen significación alguna, y cuya ortografía resulta, por tanto, más discutible é imperfecta.

Pero, aun vencida esta dificultad, todavía quedaba por resolver esa sensible confusión que se produce en la transcripción de los sonidos del alfabeto árabe, según el pueblo ó idioma de Europa que los emplea. Esta confusión es verdaderamente deplorable y acarrea enormes perjuicios, trastorna por completo el tecnicismo geográfico, y perturba las descripciones y el conocimiento de la región que se estudia, no sólo por falta de acuerdo entre todas las naciones, sino hasta en las publicaciones, de cualquier índole ó clase, que en España se ocupan de estos asuntos. La defectuosa pronunciación aplicada á los pueblos, ciudades, ríos, montes y demás accidentes geográficos de toda comarca donde, con más ó menos imperfección, se habla el idioma árabe, origina frecuentemente la imposibilidad de determinar en un mapa el punto que se cita, sin nuevos ó más amplios detalles, ó planos de mayor escala, que permitan fijar con más garantías su situación.

Como la cartografía en árabe está poco extendida, la rotulación exige una transcripción muy concienzuda para conseguir que los indígenas, cuyo número de analfabetos es relativamente menor que entre otros pueblos, se adapten este tecnicismo y puedan apreciar las ventajas que la geografía proporciona al desarrollo de todas las manifestaciones de la vida.

Grande es el servicio prestado por el Sr. Aza, y aún puede extenderlos considerablemente si, utilizando sus conocimientos cartográficos, se le estimula para formar el mapa de España con rotulación en árabe, y propagar su difusión en el Mogreb como medida política de prestigiosa influencia y de acción civilizadora.

E. B.



EL PROBLEMA RIFEÑO

El folleto publicado con este título por el Sr. Lobera, ventajosamente conocido por sus trabajos y estudios sobre los asuntos que afectan á la política marroquí, es de actualidad palpitante y debemos concederle atención preferente por la importancia que debe tener la divulgación de las noticias y opiniones que consigna.

En este concepto, debería abarcar este trabajo, no sólo la reseña de las condiciones del medio en que la política española se desarrolla en esta interesante y valiosa región mogrebíta, sino también la situación especial en que se halla colocada nuestra patria, por virtud de convenios y acuerdos, ó Tratados internacionales, para la defensa de los intereses españoles creados, el fomento de nuestras relaciones mercantiles, el mantenimiento de comunicaciones y la garantía de todos nuestros derechos allende el Estrecho.

El autor de *El problema rifeño* desintegra cuanto afecta á esta comarca de la acción que pueda corresponder al resto del Imperio cherifiano. Esta división ó separación de lo que pudiéramos denominar nuestra misión en Marruecos no puede ser absoluta. El Sr. Lobera empieza por faltar al principio que sustenta, extendiendo sus consideraciones á regiones desligadas de los intereses que en la parte del Rif tenemos concentrados. Y es lógico que así ocurra, puesto que la comarca donde se encuentra enclavada Melilla, así como importantes dominios españoles, es una de las partes del todo reconocido como estado de derecho dentro del concierto internacional; y la mayoría de las incidencias, perturbaciones y conflictos de todo orden que ocurran ó puedan desarrollarse fuera del alcance de nuestros límites fronterizos, suscitarán rozamientos é impondrán una gestión diplomática sólo realizable ante el Maghzen, única fuente de derecho reconocida por todas las naciones.

Ahora bien; por lo que á España afecta, cuanto ocurre en el Rif tiene importancia primordial; y cumpliendo los compromisos contraídos ante Europa, su acción política, de policía, seguridad é influencia entre los indígenas, es completamente desembarazada, decisiva y terminante; y, por tanto, disponiendo nosotros de los medios necesarios para hacer respetar nuestros derechos, y con el mandato de Europa consignado en Algeciras, Melilla con Ceuta deben ser nuestra base de operaciones para llevar á Marruecos las ventajas de la civilización y la influencia exclusivamente, genuinamente española.

Esta parte del trabajo del Sr. Lobera es verdaderamente interesante. Sus ideas están fundamentadas en un profundo conocimiento de estas cuestiones y un amor patrio digno del mayor encarecimiento. Apartándose de absurdas opiniones; censurando esas campañas realizadas en desprestigio de cuanto constituye elemento de progreso ó manifestación de nuestra fuerza productora; fustigando la inopia de espíritus ruines ó ambiciones bastardas, que sólo vislumbran desmedido lucro ó escandalosos agios en cuantas empresas tienden al desarrollo de intereses en que se basa y arraiga la moderna colonización, el autor del folleto que examinamos aborda el problema rifeño pidiendo actividad en nuestra explotación mercantil é industrial; la reanudación de los trabajos del ferrocarril y de las minas, hoy en suspenso; la formación de un estado de vida pletórico en transacciones y obras públicas, perfectamente garantidas y protegidas por la nación, que de este modo mostrará á los indígenas su predominio y preponderancia, porque el interés nacional en Africa está representado por el sumando de los intereses particulares.

No lo han entendido así, ni lo entienden, cuantos á la política en España se dedican—las excepciones son contadas—; pero la opinión pública empieza



á reaccionar, y es labor patriótica no desaprovechar estos momentos, dando alientos á nuevas manifestaciones de vida, contrarrestando por todos los medios posibles costumbres y propagandas nocivas que fueron causa inconsciente de nuestro empobrecimiento y desprestigio.

El estudio del Sr. Lobera comprende lo que se relaciona con la insurrección del llamado pretendiente, y conocido con el nombre del Roghí, cuya reseña ofrece enseñanzas dignas de atención, aunque discrepamos en algunos puntos de las opiniones del autor; nuestra política en el Rif, que con la de atracción marcan un nuevo derrotero en nuestras relaciones con los indígenas, y reflejan la inteligente dirección impresa en estos últimos tiempos á la política española por las autoridades de Melilla y el extraordinario acierto de las ocupaciones de La Restinga y Cabo del Agua; los grandes beneficios morales y materiales para la colonización obtenidos con la iniciación de las explotaciones mineras, y la necesidad de buscar soluciones para no estancarnos, ni menos retroceder, en el buen camino emprendido.

Esta última parte es la más difusa ó incompleta de tan interesante folleto. Según el Sr. Lobera, la solución que más partidarios tiene, la que con más rapidez puede dar mejores frutos y restablecer la normalidad en los territorios vecinos á Melilla, es la intervención española. Pero la dificultad estriba en la forma de llevar á cabo esa intervención. Se parte del supuesto de que España ni puede ni debe meterse en aventuras—frase huera que tantos prejuicios origina—, que le acarrearían sacrificios enormes en hombres y dinero; se confía como artículo de fe en que la actitud de las kábilas, convencidas de nuestros sanos propósitos y de las ventajas que obtendrían con la imposición de nuestra autoridad y fuerza material, no opondrían el menor reparo á la invasión de sus territorios, y obedecerían ciegamente nuestras disposiciones y actos de gobierno.

Estas hipótesis son relativas, y no las deseamos en absoluto; pero conviene prevenirse contra las escabrosidades de la realidad. Al menor tropiezo, por causas no siempre fáciles de prever, por imprevisión en el mando, fracasos en la gestación política ó selección de caudillos que han de secundar las órdenes de nuestra autoridad é imponer el orden en las kábilas, haciendo simpática y generosa nuestra soberanía por el respeto á sus tradiciones, usos y costumbres, la situación que nos crearíamos sería difícil y muy expuesta á incurrir en ese género de aventuras tan temidas por espíritus pusilánimes.

En los diversos trabajos de la Real Sociedad Geográfica para encauzar la opinión pública y ejercer patriótica propaganda en el desarrollo y prestigio de nuestra influencia en el Mogreb, jamás aparecen ideas de apoyo á empresa alguna que de modo forzoso é inevitable pudiera acarrearlos un *casus belli* con el Imperio marroquí. En sus exposiciones elevadas al Gobierno de la nación se consigna de modo claro y preciso la forma práctica, aunque no exenta de sacrificios, de realizar nuestra misión en Marruecos y atender á la salva-

guardia de los derechos é intereses patrios allende el Estrecho. Se halla previsto el modo de proteger todo el litoral de Ceuta á Melilla; las redes de comunicaciones que enlacen nuestras bases de operaciones con los centros más importantes del Mogreb; el apoyo indispensable que debemos requerir del elemento indígena, tanto en el orden militar como en el político, y, en fin, la acumulación de fuerzas, que tanto influyen en la moral de los pueblos mahometanos, guerreros y avaros de sus tradiciones, en la medida necesaria para extender nuestra influencia como *mancha de aceite*, ó según se come la alcachofa, *hoja por hoja*—frase feliz del ilustre general Arteche—, sin que el Maghzen ó el Sultán puedan pretextar que con nuestra conducta se falta á ninguna de sus preeminencias ni á lo estipulado en los Tratados.

No hemos de insistir en los juicios que aparecen en la ya numerosa colección de los *Boletines* de la Real Sociedad Geográfica, en publicaciones de diversa índole, ni nos es lícito revelar lo que consignado se halla en documentos confidenciales. Tal vez el Sr. Lobera haya creído también indiscreto puntualizar esas soluciones como resumen de sus estudios, y en este caso lo que al principio hemos calificado de difuso debe considerarse como prudente acuerdo, que sólo plácemes merece.

Emilio Bonelli.



ÁRABE CLÁSICO Y VULGAR

Una vez más, y con motivo de la reciente creación de las cátedras de árabe vulgar en las Escuelas Superiores de Comercio, se ha vuelto á debatir la eterna cuestión que sostienen los arabistas españoles sobre la verdadera atención que á cada modalidad de árabe hay que dar.

Muchos creen que siendo el árabe vulgar corrupción degenerada del clásico, ninguna atención debe merecer, como tampoco ningún idioma en boca de la plebe podría constituir fuente pura de filología.

Olvidan los que así razonan que los idiomas no nacieron en las academias, y si fueron formados por el vulgo, hasta adquirir algún carácter de consistencia y firmeza, llegando á constituir en cierto modo el lenguaje convencionalmente clásico, aun á pesar de reconocer el origen más vulgar, el único que podía tener. Así sucedió con el árabe y con todos los idiomas. La cuna de aquél no fué, por tanto, la Universidad del Karanin, sino los míseros adueros de la Arabia.

La corrupción del árabe clásico fué un fenómeno inevitable del que no tenía derecho á estar exento.

Por condensar muy bien el pensamiento de los arabistas intransigentes disquisicionaremos dos notables artículos firmados por la respetable é indis-

cutible pluma del Sr. Codera, publicados en *El Imparcial* los días 1 y 7 del mes de abril del año 1907.

Comienza por establecer paridades entre el *sermo rústicus* y el *urbanus*, entre el castellano de un agnador y el de un hispanófilo, para hacer comprender la enorme diferencia que separa el árabe vulgar del clásico.

Pero la paridad, aunque exactísima, no puede servir para este caso, porque si bien el *sermo urbanus* era el verdadero lenguaje, y el castellano perdura y domina sobre las jergas populares, con el árabe no sucede lo mismo, sino precisamente todo lo contrario: el vulgar ha suplantado por completo el literal, invadiendo las clases más cultas, que en sus conversaciones no emplean otro.

Ha sucedido como si el dialecto andaluz se impusiera al resto de España y quedara como la verdadera lengua española. ¿Quién sería capaz de decir entonces que fuera una despreciable jerga, como lo es hoy? ¿Acaso no son todos los idiomas jergas corrompidas de otros anteriores?

¿Acaso puede el castellano ufanarse de su pureza de origen y de su indiferencia por ciertas influencias, relativamente recientes, que lo transformaron?

¿Existe acaso un idioma metafísicamente perfecto? ¿Cuál sería esa perfección, y de qué medios tendríamos que valernos, y qué convencionalismos tendríamos que adoptar para apreciarla?

La proclamación de un lenguaje virgen tiene mucho de relativo, pues un idioma sólo puede ser clásico ó vulgar según que se le compare con el precursor que le dió vida, ó su sucesor, más ó menos transformado, vulgarmente corrompido.

El árabe vulgar ha venido á marcar una simplificación notable y racional del literal, lenguaje verdaderamente dificultoso, tiranizado por rígidas leyes gramaticales, pero tan benévolas en lo que se refiere á la longitud de las palabras, que admite corrientemente conceptos interminables hasta de diez sílabas; y dada la fuerza de emisión que es preciso emplear, no hay quien las pronuncie correctamente, sin degenerar en tuberculoso al cabo de cierto tiempo. En la escritura también se ha abreviado, suprimiendo esas mociones gráficas que tan prolijamente hay que colocar sobre ó bajo cada letra, pareciendo en la escritura como bandadas de pájaros revoloteando entre los signos, en frase feliz del Sr. Yáñez. Como dibujo de fantasía, no está mal; pero de práctico no tiene nada.

El ilustre filólogo Max Müller decía algo que puede muy bien venir á cuento.

«Existe—dice—una continuada lucha por la vida en cada lengua, que entre sí libran los nombres y las formas gramaticales. Las mejores formas, más breves y sencillas, tienden constantemente á sustituir las demás, debiendo el triunfo á su valor real y propio.»

Por eso las formas del árabe vulgar han triunfado de las del literal: porque son más breves y sencillas.

Anatole France ha expuesto asimismo de modo magistral su opinión sobre la importancia de las reglas gramaticales en el lenguaje, pareciendo como que se quiere supeditar éste, que es natural y espontáneo, á las inflexibilidades de

insoportables reglas gramaticales, que son artificiales. Y, sin embargo, aún es muy rutinario el comenzar por estudiar gramática cuando se quiere aprender un idioma extranjero. ¿Es acaso el sistema natural?

Y precisamente éste es el capital inconveniente del árabe literal: el estar esclavizado por una serie de insoportables leyes gramaticales, que agobian al más santo.

El Sr. Codera comparte el prejuicio, muy corriente entre los arabistas españoles, de creer que las clases cultas de los países musulmanes hablan habitualmente el árabe literal, concediendo además su fácil comprensión por el vulgo ignorante, aunque no lo sepa perfectamente.

El error es crasísimo en lo que á Marruecos se refiere, pues tanto las clases cultas como las incultas hablan y escriben principalmente el vulgar, quedando recluso el clásico á la escritura de obras y cartas que no sean de comercio, pues la degeneración va tomando también incremento en la escritura, único medio de ser entendido por la inmensa mayoría de las gentes ignorantes del árabe clásico.

Las cartas que se leen en las mezquitas, y que son los únicos medios de que disponen los Sultanes para ponerse en comunicación con sus súbditos, están escritas en árabe literal, y por eso el pueblo no las entiende y se hace precisa la interpretación en el vulgar para que tome conocimiento de ellas.

No sucedería así si el conocimiento del árabe literal estuviese tan desarrollado en los países musulmanes como tan gratuitamente supone el Sr. Codera.

El ilustrado P. Cervera, en el prólogo que pone á las gramáticas de árabe vulgar del P. Lerchundi, dice muy oportunamente que conociendo el vulgar se entiende á todo el mundo, tanto á la gente sin instrucción como á los letrados, mientras que el literal sólo lo conocen los cultos, que en Marruecos, como en todas partes, forman la inmensa minoría.

El árabe vulgar no es, pues, un despreciable *sermo populi*, indigno de atención y estudio, como algunos pretenden, pues tampoco á nadie se le ocurriría decir que el castellano es una despreciable jerga latina.

El árabe vulgar es respecto del literal lo que el castellano del latín. El latín atraviesa la misma precaria vida que el árabe literal y, en general, que todas las lenguas muertas: quedan reclusas á los claustros, á las bibliotecas, á los archivos; á la erudición, en una palabra. Pero no saldrá ningún eclesiástico ni ningún catedrático de latín por las calles ofendiendo el castellano por ser una degenerada corrupción de la meliflua y anodina lengua del Lacio.

Incorre, pues, en animosidad manifiesta contra el árabe vulgar quien lo compare con el español de un carretero ó aguador, pues ha vencido al literal, como el romance venció al latín, aun á pesar de haber sido criado á sus propios pechos; y habiendo recibido toda la vida del idioma madre, acabó por robársela, apoderándose de ella y suplantándola.

Sin embargo, no hay que desdeñar el estudio del árabe literal, como no se desdeña el del latín, como muestra de respeto que se debe á la lengua madre; y también debemos alguna gratitud al idioma del pueblo que tanta influencia ejerció en España durante la Edad Media. Pero sin que se crea por un momen-

to que el estudio del literal pueda servirnos para entendernos algún día con los marroquíes. Su estudio es, pues, perfectamente inútil para otra cosa que no sea descifrar códices de El Escorial, porque en Marruecos, desde el Sultán abajo, todos hablan única y exclusivamente el vulgar. En Marruecos el literal está en mayor decadencia que en ninguna otra parte, si cabe; y en la escritura casi sólo se usa en ciertos documentos. Las cartas comerciales y particulares suelen escribirse preferentemente en vulgar, así como los periódicos que se editan en Tánger, pues es el único medio de hacerse comprender por las gentes.

Cierto que entre el árabe hablado por un letrado y el de un agnador hay alguna diferencia, pues el primero conoce la gramática y se expresa con propiedad, en tanto que en boca del vulgo no es sino una emisión incoherente de sonidos aplicados.

Por eso es muy acertada la denominación que han hecho algunos autores de denominar árabe moderno al generalmente conocido por vulgar, cuando es bien hablado, quedando esta denominación para la jerga popular ultracorrumpida.

El árabe moderno no ofrece un estado de descomposición y anarquía tan grandes que permitan creer en una degeneración total del literal. Antes bien, regido por idénticas aunque simplificadas leyes, ofrece la ventaja de una abreviación en la escritura y pronunciación. De Marruecos se tiene el prejuicio de creer que se habla el más corrompido árabe, y el Sr. Neumann, en un reciente trabajo publicado por el Seminario de Lenguas Orientales de Berlín, demuestra todo lo contrario.

¿Qué le sucedió, á más del insigne orientalista Golio en el siglo XVII, á otro ilustre arabista español de mucha fama, agregado que fué á la Embajada del general Martínez Campos á Marrakech el año 1894?

Estaba ávido de desembarcar en Marruecos para poder hablar con los moros; pero llegado el momento, ni ellos, aun los que parecían más cultos, le entendían, ni él los entendía: él hablaba el más puro árabe koránico, y ellos, la jerga marroquí más vulgar. Hay que convencerse, pues, que el árabe de las bibliotecas no es el de Marruecos.

Por lo que respecta á los comerciantes y viajeros de comercio, el conocimiento del árabe es perfectamente superfluo, y sólo será útil para los establecidos en Marruecos, pues los demás siempre han de tener que recurrir al intermediario local, como en todas partes sucede; y aun con todo, muy raras veces es preciso entenderse directamente con los moros. Los judíos constituyen en Marruecos un elemento casi imprescindible en el comercio, y con el cual hay que contar para todo.

Por eso, para terminar, diré que mi opinión concreta es que las cátedras de árabe literal deben limitarse, como las de griego y latín, á una misión de erudición, única posible. Y respecto á las de vulgar, reconocemos su inutilidad manifiesta, pues el que quiera aprenderlo debe ir á Marruecos; y su conocimiento por nuestros comerciantes y viajeros no ha de ser la panacea que nos ha de abrir de par en par las puertas del tan cacareado mercado marroquí.

Fabriquen azúcar y géneros de algodón en buenas condiciones, que aunque no entiendan jota de árabe, venderán y harán negocio.

Así como Marruecos es el más firme baluarte del islamismo, también parece serlo del idioma árabe.

El árabe moderno ha adquirido tal fuerza entre las poblaciones mahometanas del mundo entero, que ha quedado como insustituible.

Notemos el fenómeno de que ha sido víctima el árabe koránico, degenerado simultáneamente y sin acuerdo mutuo por los más diferentes y distantes pueblos, aun á pesar de la ciega veneración que profesan por el código religioso mahometano, redactado en árabe literal. Ello prueba lo insoportable de las inflexibles y hieráticas reglas gramaticales, muy complicadas y poco prácticas para ser tenidas en cuenta en la conversación, que agobian el árabe literal. Ha muerto prácticamente, víctima de sí mismo.

El caso que cita el Sr. Codera, de un moro al servicio de la mezquita mayor de Orán que le decía que *xmaa* significa igualmente *cirio* y *chama* (mezquita en general, y no mezquita mayor precisamente), no prueba más que la supina ignorancia ó los defectos de pronunciación de tal moro, pues todos sabemos, como el Sr. Codera muy bien dice, que cirio es *xmaa* (yo diría *chmá*), y mezquita, *chama* (yo diría *yamá*).

¿Hizo el Sr. Codera que el sacristán moro que cita le escribiese ambos conceptos? Si los escribió lo mismo, demostró ser un solemne ignorante, más digno de comer en pesebre que de profanar las sagradas naves de la mezquita con su incultura arábica. Pero si, por el contrario, los escribió cambiando la *schin* de *chmá* por la *djim* de *yamá*, é intercalando en la última voz un *alif*, no demostró sino desperfectos de pronunciación al interpretar ambas letras.

Aparte los prejuicios que sobre el particular formula, los artículos del Sr. Codera contienen ideas más luminosas en otros respectos.

En efecto; el Cuerpo consular de Marruecos debería ser un Cuerpo especial con condiciones de idoneidad, de que hoy carece, por su desconocimiento de la lengua árabe, teniendo que estar entregados por completo en la mayoría de los asuntos á los intérpretes, no siempre españoles, y que son de hecho los verdaderos cónsules.

El futuro Cuerpo consular que se creara con la base del conocimiento del árabe vulgar y alguna ciencia mahometana, podría tener por campo de acción, no sólo Marruecos, sino todo el Norte africano y Oriente.

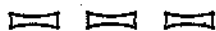
El estudio del bereber por nuestros oficiales no debe tener, sin embargo, toda la importancia que supone el Sr. Codera. El área del bereber no es, en efecto, muy extensa en la presumible zona española de influencia en Marruecos, pues aunque no tiende precisamente á desaparecer del Rif, no tiene, sin embargo, toda la extensión que se supone generalmente. El bereber comienza á hablarse con insistencia desde la kábila rifeña de Beni-Bu-Frah, conocida de los españoles por la de las Torres de Alcalá, frente al Peñón de Vélez de la Gomera, y llega hasta la de Kelaia, fronteriza á Melilla, donde pierde notable fuerza, hablándose preferentemente el árabe. Y hasta tal punto desaparece en Kelaia la influencia rifeña, que por su indumentaria y costum-

bres más se aproxima á los zenetas de Beni-Snassen, usando el jaique blanco, que en el resto del Rif es casi desconocido.

Pero el *hinterland* de la lengua bereber es profundísimo y llega hasta la cordillera del Atlas, donde aquellas tribus lo hablan, con exclusión del árabe, que, en cambio, tiende á adquirir cada vez más influencia en el Rif, hablándose ya preferentemente en las tribus situadas desde el Peñón hasta Tánger, comprendidas geográficamente en las regiones denominadas por los marroquíes Rif y Yebala, que tan frecuente es ver confundidas, y aun á pesar del evidente origen bereber de las kábilas que las pueblan.

Y aquí me permitiré una pequeña digresión geográfica, para rectificar otro error muy frecuente que se comete al hablar del Rif, región geográfica que casi todos hacen extender desde Tánger ó Ceuta, cuando menos, hasta Argelia. Tenemos que sentar la base de que hemos de respetar las denominaciones marroquíes, únicas que deben pesar para la nomenclatura general y particular. Por eso el Rif no es para los marroquíes sino la región que comienza desde Gomara, al sur de Tetuán, y llega hasta Kelaia, la kábila fronteriza á Melilla, que por su proximidad á numerosas kábilas zenetas, como son los Beni-Snassen, Kebdana, Zkara y Beni-Bu-Zegú, han perdido mucho su carácter rifeño. Llamar rifeña á la kábila de Anyera, fronteriza á Ceuta, como se la llama en muchos documentos oficiales, es un error geográfico de bulto, pues.

Guillermo Rittwagen.



CONFERENCIA

leída en la Real Sociedad Geográfica de Madrid el 1.º de junio de 1909

por el capitán del «tabor» español de Casablanca

D. Enrique Ovilo.

No penséis, al verme dispuesto á leeros lo que me propuse deciros de palabra, que quiero dar carácter de conferencia científica á lo que tal vez por su escaso mérito constituya abuso de vuestra hospitalidad y cortesía.

Lejos de aquel propósito, el convencimiento de mi crítica situación ante vosotros es lo que me ha inducido á traer en estas cuartillas algunos recuerdos de lo que *cualquiera* pudiera haber presenciado en Casablanca durante los últimos años, que es lo único que puede ofreceros quien como yo ha desempeñado mando de fuerzas en aquel puerto, y tiene el ánimo abatido por crueles y recientes desgracias.

Por otra parte, sería osado pretender traer enseñanzas á fuente tan rica de ellas como esta Sociedad, constituida por personas cuya cultura, inteligencia y conocimientos superiores hacen de ella una academia del saber.

Siempre he creído, por lo mismo que he nacido y vivido muchos años en Marruecos, que es sumamente difícil llegar á conocerle lo suficiente para poder vanagloriarse de ello, y más aún para establecer cátedra, ni aun especializando; y me afirmo más al ver cómo opiniones fundadas y planes bien estudiados tienen que rectificarse de continuo, y las sorpresas que de aquel país recibimos cada día.

Confesado esto y sentado cuanto antecede, no podréis interpretar por falsa modestia que me sincere de este modo ante la Sociedad Geográfica en el mismo instante en que benévola conmigo se presta á oírme, pues creo corresponder así noblemente á la prueba de consideración que me da, defraudando antes de empezar sus esperanzas, si es que llegó á tenerlas, para que al menos no pueda decir que la he engañado.

Al venir, á pesar de lo expuesto, lo hago poseído de la idea del deber; cuando mi ilustrado amigo el entusiasta capitán Borrajo, primero, y más tarde el sabio general Benítez, me indicaron que aunque sólo fuera familiarmente os dijese algo de Marruecos, no dudé un momento: todos cuantos por allí hemos pasado, todos cuantos amamos á España sinceramente, estamos en el deber de mantener viva la atención pública en el problema africano, de convencer á los descreídos, y excitar en los apáticos la idea de que si queremos dar vida á nuestra patria es preciso que con todas las fuerzas de nuestras almas trabajemos todos y todos contribuyamos á realzar nuestros prestigios y nuestros intereses en Africa, donde ya no los hayamos perdido, recobrándolos en todo caso y extendiéndolos donde aún haya tiempo, que cada día va disminuyendo. Todos estamos en el deber de poner los medios para que en esa nuestra vida del porvenir no lleguemos tarde, y para ello, ante todo, es preciso que haya entusiasmos, que haya ideas; que se sepa qué es Africa, y dónde está, y por qué debemos saberlo; es preciso que despertemos todos y en todos el instinto de vida, el instinto de libertad é independencia; es preciso, en una palabra, conseguir que el africanismo, que en España debiera tener culto, arraigue hasta en los indiferentes, para que, progresando, llegue un día en que cada ciudadano sea un africanista de acción, que son los que España necesita.

* *

Cuando empezaron á conocerse en Madrid los sucesos de Casablanca, á principios de agosto de 1907, mi primera impresión fué de duda: me costaba mucho trabajo acostumbrarme á la idea de que fuese en Casablanca donde se produjesen, cuando yo hubiera creído hasta entonces que la *Xania* hubiera sido de todo el Imperio la última región capaz de servir de teatro á trastornos de tal índole.

No fundaba mi pensar en mero capricho, sino razonadamente, pues si bien es cierto que de muy antiguo las kábilas que rodean á la antigua *Anfa* no fueron modelo de tranquilidad, y que desde la dominación portuguesa hasta el día han molestado cuanto han podido á la *Sultana del Atlántico* con diversos motivos, lo es también que el moro es egoísta é interesado antes que faná-

tico, y que esa región agrícola, sin duda la más rica de Marruecos, debía, por su progresiva riqueza, tornarse tranquila por convencimiento: que nada tan persuasivo para ser lógico como la exposición de los propios intereses.

Así, cuando telegramas y noticias, lejos de atenuar las primeras impresiones, comunicadas bajo los efectos inmediatos de las grandes calamidades, confirmaban la gravedad y enriquecían con siniestros detalles el hecho, me convencía una vez más de que todos cuantos juicios se formen sobre Marruecos deban ser con la salvedad de «á menos que suceda todo lo contrario», y que, para no equivocarse, el único medio infalible es plagiar el coro de doctores de *El rey que rabió*.

Comprenderéis cuán grande sería mi deseo de encontrarme allí para vencerme por mí mismo de lo que con desconfianza de moro leía, y para sobre el terreno encontrar la explicación á tan brutales hechos.

Al ser designado como instructor de la policía en diciembre anterior recibí noticias de mi futura residencia que me mostraban un estado de ánimo anormal entre los indígenas y algunas rarezas á las que procuraba encontrar lógica explicación. Se me decía que el Acta de Algeciras les había llenado de temores, pues por ella y las reformas que de ella derivaban, creían les sucederían grandes males; que todas las noches á la madrugada se aparecía en diferentes sitios del pueblo un fantasma, que no era otro que la policía, y que éste, atropellando los hogares, veía y molestaba á sus mujeres é hijas, investigaba sus secretos, y traía el desasosiego y la desgracia á los celosos y fanáticos musulmanes...

Pensando en tales cosas, yo á mi vez llegué á soñar con fantasmas, creyéndome trasladado á Casablanca; pero, como es lógico, en los de mis quimeras no era precisamente á la policía á quien veía, sino á aquellos que por sus manejos é ilegales tráficos pudieran temer que se implantase... Pero al fin sueñó; el tiempo, que todo lo aclara, había en breve plazo de descifrarne aquellos problemas sin necesidad de recurrir al absurdo.

El aspecto de Casablanca cuando á respetable distancia soltaba anclas el *Ciudad de Cádiz* el 13 de agosto no podía ser más triste: un buque de guerra francés á cortos intervalos dejaba escuchar el estampido de sus cañones de grueso calibre; el panorama de la población parecía un cuadro pintado por la imaginación de un loco: por unos lados, los rojizos resplandores del incendio que empieza; por otros, columnas densas de un humo negruzco y maloliente, epílogo de mil heterogéneos dramas; los minaretes de las mezquitas agujereados ó caídos; trozos de muralla dejando ver por entre enormes brechas un algo que cada fantástica imaginación quería interpretar á su manera, y multitud de casas que, intactas á la vista, estaban ornadas con banderas de colores que indicaban á los buques los puntos residencia de europeos ó sus propiedades.

Tal era lo que desde lejos se veía, y, sin embargo, no daba ni aun ligera

idea del verdadero estado del interior del pueblo. Figúraos todas las calamidades y desgracias acumuladas, y así os aproximareis en algo á la realidad.

Las calles, que algunas apenas si se distinguían entre el montón de escombros, sembradas de mil diferentes cosas. Unas repletas de cebada ó trigo, donde bestias sueltas retozaban y se hundían sin llegar á hacer pie en el pavimento; otras sembradas de astillas, muebles, cajas de candales, etc.: todo en igual estado que si hubieran sido tratadas, al ser allí conducidas, por la dinamita.

Tan pronto se encontraba un caballo en libertad, como un cadáver destrizado; pedazos de un coche, como restos de un piano ó de un fonógrafo; allí podríais haber visto revueltos en confuso montón piezas de máquinas de coser, tiras de telas preciosas ó piezas enteras nuevas estropeadas ya por el lodo ó la sangre, basuras, cacharros, fragmentos de porcelanas de valor, cartas de amor en todos los idiomas y también manuscritos árabes; ejemplares del Korán, libros de aduana, sellos de consulados y cuanto hubiera podido soñar el coleccionista más extravagante.

Las casas y almacenes que aún se sostenían en pie, con sus puertas y huecos arrancados de cuajo por la piqueta ó el incendio...

¡A qué seguir!... Sólo si he de deciros que al presenciar aquel cuadro, que hubiera hecho tal vez ensimismarse á un anarquista, pude hacerme una consideración como satisfacción que compensase esa penosa disyuntiva que nos convence de que para llenar el sagrado fin á que se consagra el ejército no hay más que un medio, que, por duro que sea, es necesario...

Al ver aquel informe montón de desperdicios de lo que poco antes constituyera vida y alegría, yo me afirmé resueltamente... *¡Esto no es la guerra!* ¡Aún hay algo peor que ella!... Porque..., creedme, la guerra podrá ser el incendio, la ruina, la muerte; pero aquello era más...: allí, después de vencido todo, nada se había respetado. La guerra no debe ser capaz de estrellar á un niño de cortos meses contra un muro; la guerra no puede tolerar que al hacerlo se le haya antes separado de la madre cortándola de un tajo el pecho por donde le traspasaba la vida...; la guerra no puede comprenderse que tumbe ancianos, convirtiendo en cribas sus pellejos; no puede definirse por la lucha cuando en ella las armas ciegas hieren dirigidas por los más bajos instintos; la guerra será el daño en todas sus acepciones, pero el daño irremediable, no el caprichoso, y nunca la satisfacción y el goce de los ajenos dolores, y menos en los débiles é indefensos...; además, «la guerra es un mal necesario», es admitido: y éste... ¿lo era?...

Tales fueron mis primeras impresiones de arribada.

Como quiero molestaros lo menos posible, á fin de evitar repeticiones empezaré por daros una idea del origen de los sucesos para seguir un método.

Difícil, muy difícil sería reconstituir los hechos, cuando, si no inesperados, fueron efectivos, creyéndose indígenas y europeos dueños de la razón, ha-

ciéndose los unos á los otros responsables, habiendo surgido de la muchedumbre y siendo mi propósito relatar á grandes rasgos, ciñéndome á lo más estimable de cada versión y sin hacer juicios ni prevenciones...

El martes 30 de julio de 1907 fueron asesinados varios europeos empleados en las obras del puerto, y atropellados y mutilados sus cadáveres por una muchedumbre enloquecida y fanática, cuya excitación, según las impresiones de ese espíritu que también vive, como en los individuos, crecía ó decrecía según la confianza ó el terror del porvenir que en cada momento imaginaba. Seis días después, y en el momento de atravesar las puertas de la ciudad una sección de marinos franceses que en previsión se dirigían á su Consulado, sonó un disparo, y tras él muchos, y la sección se abrió paso con las bayonetas, y el cañón protegió el desembarco de nuevas fuerzas, y la incógnita de Marruecos pareció, tal vez ilusoriamente, que empezaba á despejarse...

Tras los primeros disparos empezó el incendio y el saqueo, el desenfreno, la anarquía... Oleadas de hombres avanzaban y retrocedían, y robaban y mataban, y locos ya, desorientados, con la fiebre de la sangre, destruyendo y destruyéndose, debían parecer bestias feroces en lucha, acosados por incendio.

Esas son las dos páginas más culminantes del drama...

* * *

¿Qué motivó los asesinatos? ¿De dónde y por qué salió el primer disparo?... Ese es el problema.

Respecto á lo primero, no creáis que pudiera haber influido para nada la ocupación de Uxda á consecuencia del asesinato del Dr. Mauchamps en Marrakech. A un pueblo que no siente la idea de patria ni de unidad nacional le tiene perfectamente sin cuidado que Francia tome territorios á 700 kilómetros del lugar del hecho que quiere castigarse. Eso en tal caso pudiera ser al Sultán á quien importase, y éste nunca habría de hacerse solidario de los crímenes de sus súbditos...

Por otra parte, á las kábilas de Xauia no podría dolerles gran cosa el castigo de los moros de Marrakech; así, debe buscarse el origen de los sucesos en Casablanca misma.

Según indiqué antes, á partir de la ratificación del Acta de Algeciras había en Casablanca gran agitación, y sucesos extraños hacían trabajar en tensión las fanáticas imaginaciones de los kabileños de sus alrededores. No sería descaminado suponer factible que intereses lesionados por el Acta buscasen calma á su despecho recurriendo á los más peligrosos ardides; pero esa agitación por sí no es fácil que tan á destiempo hubiese florecido.

Dicen moros sensatos que el telégrafo sin hilos empezado á instalarse en *Dar Dau* (la casa de la luz, como ellos la designan) molestaba las creencias de muchos, que veían en él un sobrenatural pregón de sus privadas é íntimas costumbres. Dicen que el ferrocarril de las obras del puerto atravesaba un cementerio, y al buscar sus rieles el nivel movían huesos allí enterrados, y que

pidieron á los cónsules que las obras del puerto se suspendieran; dicen que solicitaban que aquellos hechos no se repitiesen, y que en el recinto cerrado que en otro tiempo se construyese con destino á futuros almacenes se continuaron sin embargo, y que huesos humanos mezclados con escombros iban á aumentar de día en día el relleno de las obras, y que el separar los cadáveres de sus sepulturas equivale á negar la entrada en el Paraíso á los que en su día deben presentarse al ser llamados para el Juicio completos de todos sus miembros.

Dicen que, excitadas por ello las kábilas, tuvieron reuniones y amenazaron varias veces con atropellar la población; que á su vista aparecieron hostiles varias veces, invadiendo sus calles amenazadores numerosos grupos, y que diputaciones acudiendo á sus autoridades recibieron dinero para aquietar los ánimos. Dicen que una última al serles ofrecidas, rechazaron las dádivas y contestaron con energía que no era el dinero lo que ya podía satisfacerles: que iban á por justicia y la exigían. Dicen que pregones aconsejaron á servidores y socios de europeos que abandonasen á sus amos y protectores, y que en la mezquita celebraron reuniones y se leyó una carta que dirigían al Sultán pidiendo ser oídos, y que en ellas se estudiaron los medios de conseguirlo. Dicen que hubo opiniones y temperamentos de todas especies, y que durante una de estas reuniones empezaron los hechos, que se originaron al impedir una multitud, compuesta de mozalbetes y chiquillos, que el ferrocarril funcionase, interceptando la vía. Según la versión mora, la máquina avanzaba imperturbable y tropezó ligeramente á un jinete moro que trataba de detenerla, y que éste, al volverse á insultar al maquinista francés, recibió de él un golpe con un hierro, y cuentan que entonces los que le rodeaban, acometiendo á la máquina con piedras, palos y cuanto encontraron al alcance, la destruyeron, matando á los ocho europeos que en aquel momento trabajaban, únicos que quisieron prestarse á ello, pues los restantes, escuchando indicaciones de los moros, habían abandonado su trabajo.

Cuentan que la locura y sed de sangre les hizo cometer las más grandes é imaginables barbaridades, y luego, sin disminuir la efervescencia, se retiraron unos á sus aduanares, y los más excitados continuaron la propaganda de la comenzada campaña, viendo seguras las represalias de los europeos.

Estos cuentan los hechos á su modo, según su nacionalidad, sus ideas, sus intereses, el quebranto que en los mismos sufrieran, ó el juicio que les permitieran formar las circunstancias, el destino ó el estado de su ánimo...: que cada cual cuenta de la feria según le va en ella.

La versión *européa* es, según unos, la anarquía del Imperio y el odio á los cristianos; las excitaciones del hijo del Hach Jamú, según otros, por pretender éste el gobierno de Casablanca, que desempeñó su padre, que fué uno de los mejores gobernadores de Marruecos y de los que más largo tiempo conservaron su destino. Otros afirman que, enervados por el fanatismo, pretendieron imponerse á los cónsules para que suspendieran las obras del puerto y del telégrafo, y aseguran que la gestión llegó á hacerse directamente al cónsul francés cuando ya sus autoridades dijeron que las casas concesionarias eran fran-

cesas y que el Maghzen no podía rescindir los contratos ni suspender las obras. Dicen también que el cónsul francés les contestó que él no podía intervenir en el asunto, ni ordenar suspensión alguna á empresas particulares francesas, ni mucho menos internacionales, cuando estaban amparadas por la ley y su derecho, etc., etc.

Sea lo que sea, es lo cierto que recibieron cantidades en distintas ocasiones los directores del movimiento para tranquilizar los ánimos, pues en esto coinciden casi todas las versiones, como también que hubo pregones, juntas en mezquitas, amenazas que nunca se supuso llegasen á ser cumplidas, y que, efecto del estado de ánimo de las kábilas, la *M-hal-la* del Sultán, mandada por su tío el xerif Muley el Amin, tuvo que retirarse al interior de Casablanca, instalándose en *Sor Yedid* (recinto ó muralla nueva).

Tales son á grandes rasgos las diversas maneras de apreciar los hechos de julio; en cuanto á los del 5 de agosto, sostienen los moros que el primer disparo no partió de ellos, y los franceses, que hirió al oficial que mandaba la sección, y fué de un grupo de indígenas de donde se les dirigía; en apoyo de ello está, según algunos, la ineptitud de las autoridades moras, que no previnieron al pueblo del desembarco y su carácter pacífico...

En el mismo momento de los asesinatos los europeos empezaron á refugiarse en sus Consulados ó hacerse fuertes en aquellas de sus casas que tenían condiciones.

Reunido el Cuerpo consular, es indudable que tomaría medidas previsoras y que, al comunicar á sus Gobiernos respectivos la gravedad de la situación, manifestarían temores de posteriores y más espantosos peligros para sus colonias, cuanto que el 1.º de agosto llegó á Casablanca el crucero francés *Galilée*, y el cónsul francés había aconsejado á sus nacionales embarcasen en un vapor mercante inglés surto en la rada.

Eso mismo quisieron hacer muchas familias y los hebreos; pero al llegar al puerto se encontraron con que los moros impedían el embarque de todos aquellos que no fuesen franceses, pues á los demás no les esperaba ningún peligro..., según las autoridades.

Sin embargo, muchos lo consiguieron pagando crecidas cantidades que, sobre todo á los hebreos, les eran exigidas, y que algunas llegaron á exceder de 30 duros por persona. Así fueron repletando los vapores que en esos días tuvieron la fortuna de arribar á Casablanca, y en alguno de los cuales esperaban á los pobres emigrantes penalidades sólo soportables después de tan amargas desventuras...

En aquellos días el Consulado francés estaba regentado por M. Neuville, en ausencia del cónsul, M. Malpertuy, y la Legación francesa de Tánger por M. Saint Aulaire, por hallarse con licencia el ministro, M. Regnault.

Para M. Neuville, joven, inteligente y que lleva en sus venas sangre española, la situación no podía ser más dura, y en sus entrevistas con las autoridades moras recibió promesas y garantías para la seguridad de su Consulado, tal vez el más en peligro en los momentos que sucedieron al primer día, motivo por el cual es más explicable que en las reuniones que con sus colegas

celebrase impusiera su opinión á favor del desembarco de algunos hombres para guarnición de su casa consular, á pesar de no coincidir con él, y aun oponerse enérgicamente, según de público se afirmaba, sus compañeros, que temían con ello nuevas complicaciones que comprometiesen más aún las vidas de sus respectivos súbditos.

El Consulado de España era desempeñado interinamente por el canceller D. Luis Ruiz, cuya energía, habilidad, conocimiento del país, del idioma y de la colonia le permitieron tomar disposiciones tan acertadas, que puede afirmarse que su gestión fué un verdadero triunfo y en ella expuso en más de una ocasión su vida.

Verificado al fin el desembarco á pesar de la opinión de los demás cónsules, y dejando aparte su proceso, que sólo me limito á contaros lo pasado, y no lo que debiera ó no pasar, ni sus porqués, es el caso que en la madrugada del 5 tres botes condujeron á los designados, que desembarcaron sin tropiezo, que sonó el disparo, que llegaron al fin á su Consulado, y que acto continuo la anarquía reinó en todos los barrios; las imprecaciones, gritos, disparos, incendios, etc., sucedieron al silencio de una noche de expectación para los que lo temieran, y que desde aquel momento cada Consulado fué un fuerte, cada casa una trinchera, y ya no se guardó respeto á las banderas de Europa, cualesquiera que fuesen sus escudos ó colores. La Aduana, desvalijada; sus almacenes quedaron vacíos, y por las calles próximas, convertidas en hormigueros humanos ó interceptadas por las mercancías pesadas ó de pequeño valor y envases vacíos, comenzó un incesante movimiento de hombres y mujeres de todas castas y edades que hacían la mudanza de los efectos con la dificultad que les daba la avaricia de llevar mucho, con la incertidumbre de encontrar la muerte en el camino, con la torpeza que da la conciencia del crimen, y con la desconfianza que unos á otros se inspiraban. Si en este improvisado botín alguno se distinguía por la fortuna de un encuentro más valioso, pronto era asesinado por otro más fuerte ó astuto, á cuya posesión pasaba lo robado para, sucediéndose así la cadena del deseo, quedar extraviado entre inmundicia ó inútil, si era de materia voluminosa ó delicada.

Cuando el afán del robo no podía por cualquier motivo saciarse, el instinto destructor lo desperdiciaba, y así se veían en las calles montones de té, café, instrumentos golpeados, telas desgarradas, y aun bultos enteros empezados á quemar.

Simultáneo fué el saqueo de la población y la caza de cristianos y hebreos, y allí puede decirse que se cebaron. He visto casas, y todas las saqueadas lo fueron en iguales términos, donde hechos astillas los muebles, vertidos los vinos y provisiones, desparramadas las ropas, rotos en absoluto todos los cristales, forzadas las cajas de hierro, había llegado el ensañamiento á inutilizar á tiros las cerraduras, arrancar las baldosas y escaleras, cegar los pozos y cisternas, verter la lana de los colchones, y con las materias combustibles prender fuego al edificio.

El explosivo más enérgico nos parecería incapaz de haber producido en ciertos casos los efectos que el odio de aquellas gentes, hombres y mujeres

indistintamente, que no disponían de otros medios que sus armas, de ningún valor, con excepciones, y las palancas de hierro y herramientas que en las obras del puerto se habían proporcionado.

Pero lo más horrible era la autopsia que hacían á algunos cadáveres de personas gruesas, en especial de hebreos, para abrir uno por uno sus intestinos y entrañas buscando las monedas que su grosor les hacía creer podrían haberse tragado para ocultarlas, y... algunas de estas operaciones se hacían en vida...

Entretanto, las tropas de Muley el Amin, abandonándole, se dispersaron, unos para tomar parte en la lucha contra los cristianos, de los que durante unos momentos soñaron verse libres, todos para gozar de las delicias del saqueo. Las mujeres de los notables, que con la *M-hal-la* se habían refugiado, fueron abandonadas y dispersas, y muchas de ellas desnudas, mostrando á los hombres, posible es que por primera vez en su vida, sus encantos, eran atropelladas y brutalmente desposeídas de sus ricas alhajas las que las conservaban. Casi todas éstas, de las principales familias de Fez, puede asegurarse que eran en Casablanca los modelos más escogidos de la belleza árabe.

.....
.....
La misma mañana que el *Galilée* comenzó el bombardeo á consecuencia del desembarco llegó el crucero *Duchayla*, y por la tarde nuestro cañonero *Alvaro de Bazán*, que hicieron desembarcos sucesivos: aquéllos para la protección de los Consulados extranjeros, por disponer de mayores elementos; el último para la defensa del de España.

Tras aquéllos llegó el crucero francés *Forvin*, y ya con estos elementos la situación para los europeos fué despejándose, y tanto en el mar como en el pueblo los planes pudieron irse combinando y su organización adquirir carácter de defensa.

Hasta ese momento, si quedaron con vida cristianos en Casablanca, fué tan sólo debido á la ambición y desenfreno del saqueo, pues si los moros llegan á tener reflexión ó estar dirigidos por alguien de mediano prestigio, no hubierais podido en este momento saber de este relato nada que hubiera sido referido por europeos.

Firme en mis propósitos, no voy á hacer un juicio crítico de la campaña, ni quiero tampoco recargar estas líneas con fechas, números, nombres ni detalles que harto repitieron periódicos, revistas y libros; por ello, como sólo quiero tratar de aquellos puntos que por menos conocidos puedan excitar vuestro interés, no os extrañe omita hechos culminantes de sobra conocidos, que no describa batallas, que salte semanas y meses, y que, en cambio, otras veces, aunque sólo sea de pasada ó en globo, me detenga en cosas insignificantes, siquiera al parecer.

Si la defensa estuvo asegurada con la llegada de otros dos cruceros franceses que habitualmente recorrían las costas del Mogreb, y la del *Bazán*, no por eso la gravedad había desaparecido, pues cada fuerte improvisado se hallaba constantemente amenazado de no poder ver repuestas sus municiones y sus

viveres, para cuyo difícil aprovisionamiento era preciso organizar columnas formales que á pecho descubierto las buscasen en los ya casi vacíos almacenes que el incendio había respetado, ó en los buques, y no era tanto el número de hombres disponibles para estas expediciones, pues ni la defensa podía desatenderse un solo momento, ni los huecos de las bajas podían reponerse, siendo cada una nueva probabilidad de triunfo para los asaltantes, que desde azoteas y ventanas y corriéndose de casa en casa procuraban no desperdiciar sus municiones, con tanto mayor celo, cuanto en ellos su reposición por entonces tenía que limitarse á las que buenamente les dejaba en herencia el cadáver de uno de ellos ó el menor descuido del enemigo.

El 7 de agosto, esto es, dos días después del bombardeo, la escuadra francesa llegaba por la tarde á Casablanca conduciendo de Argelia dos batallones, un escuadrón y una batería de montaña, á las órdenes del general Drude. Entonces pudo decirse que Casablanca estaba salvada.

Yo admiro á Francia, esa laboriosa nación, más grande que por su poder y su riqueza, por su amor al trabajo, por su patriotismo y por su inteligencia; digna es de admirar y de imitar una organización militar y naval tan bien montada, que le permite poner una brigada de Argelia en Casablanca antes de sesenta horas de haber sido una sección de su Ejército ofendida, cuando son pocas menos las que los barcos emplean en hacer la travesía. Por eso, permitidme que lo repita, no sólo es grande por su poder, sino porque quiere y sabe serlo. Desembarcada la columna, y después de haber batido barrio por barrio á los rebeldes, tomadas las puertas de la ciudad y establecidas en ellas guardias, vivaqueó el resto en las afueras y á la defensiva se sostuvo tranquila, cuando tranquila la dejaban, y sin perder un segundo sin aprovecharle.

Era su jefe el general Drude, hombre tan modesto como de gran valor; más que diplomático, militar; emprendedor con método, activo hasta el punto de hacer dudar si poseía el don de la ubicuidad, sencillo, pues rara vez se le veía con sus ayudantes ni montado, y perfecto caballero; su mirada noble daba la seguridad de que no sabía engañar; en el combate era tenido por sus oficiales como temerario, y al observárselo marcándole el peligro, contestaba «que entre ellos en el peligro gozaba más del amor que le tenían sus soldados».

Higienizó Casablanca; dispuso que se quemasen y cubriesen de tierra más de mil cadáveres que, gracias al sano aire que allí se respira, no produjeron una epidemia; saneó edificios, organizó, creó..., se hizo querer de cuantos le trataron...

A primeros de septiembre las fuerzas francesas habían aumentado considerablemente y las operaciones habían adquirido importancia.

La columna de España llegada el 13 de agosto, se había organizado y permanecía cumpliendo la misión para que fuese designada. Entre los moros aún se conservaba el recuerdo de la gloriosa campaña del 60.

Durante el mando del general Drude hubo momentos serios; el plan, defensivo al principio, fué más tarde ampliándose, y con método, creando defensas, fortificando puntos, estableciendo puestos, se llegó á la ofensiva sin extender

el radio y regresando á los puntos de partida una vez que cada operación se había realizado.

Ignoro las instrucciones que pudiera tener de su Gobierno; pero yo mismo, que le vi durante el combate, no dudé nunca que su pensamiento hubiese ido siempre más allá, y su valor personal y condiciones nada dejaban que desear, aunque alguien le haya con *ironía* calificado de *prudente*.

Mediuna fué el primer puesto avanzado no abandonado por las tropas francesas después de conquistado durante el mando de este general. Esta *al-kazaba* fué tomada el 1.º de enero de 1908, cuando acababa de recibirse en Casablanca la noticia del relevo de Drude; fué, pues, su despedida.

Días después llegaba á Casablanca el general d'Amade, su sucesor, y poco á poco el ejército fué aumentando hasta pasar, probablemente, de 20.000 hombres, sufriendo todos los planes grandes modificaciones y adquiriendo notable desarrollo las operaciones.

D'Amade reunía excepcionales condiciones para ese mando; antiguo agregado militar en Londres y habiendo asistido á todas las campañas coloniales de Francia y á la del Transvaal como agregado, tenía una experiencia que había de serle muy necesaria; hábil diplomático, militar inteligente y bravo, hombre de gran cultura y vigor físico, simpático en extremo y haciéndose querer, enérgico y celoso con sus soldados... ¡Bien supo Francia lo que se hacía al encomendarle tan difícil puesto! Allí donde forjó un propósito, obtuvo un éxito.

Bajo su mando se establecieron puestos de contacto; estableciendo primero una línea de trincheras que cubría la del campamento, construyó dos fuertes avanzados que fueran llave de la plaza. Avanzando radios de más de diez y ocho kilómetros, creó destacamentos avanzados con elementos propios, y así extendiéndose sin perder el apoyo llegó á ser dueño de *Xauia*, con tal arte y tan á conciencia, que su campaña parece derroche de lujo, alarde de fuerza y modelo pequeño y enseñanza de todo aquello (hasta lo más insignificante) que no debe perderse nunca de vista por un ejército.

Perfeccionando cada día, llegó á haber carreteras; y alguna tan bien hecha, tan sólida, con un firme tan á conciencia, que con sólo poner traviesas y tender línea pudieran pasar ferrocarriles.

Los campamentos de barracas, que al principio fueron limitados, abundaron más tarde, y con tal generosidad, que nada en ellos pudiera echar de menos el soldado; y aunque hubiera el efectivo aumentado considerablemente, con tal prodigalidad hubo previsión, que no hubieran nunca las tropas tenido que sufrir otra vez las molestias de la tienda de campaña.

La Administración militar y los transportes se organizaron con tal lujo, que hasta de lo superfluo había tan en abundancia, que, por grandes que hubieran sido los dispendios, el ejército no se hubiera visto abrumado por la sombra de la escasez, ni precisado á poner tasa á la ración. Ferrocarriles Decauville con material para más kilómetros que hubieran podido tenderse en Casablanca se veían depositados en la playa, y también vagoncitos donde, caso necesario, pudieran conducirse por sus líneas heridos ó soldados.

Hasta dos mil carros ligeros de transporte; grandes depósitos y almacenes generales que, ramificados por todas partes, asegurasen á las columnas su completo racionamiento en cualquier hora.

El problema del agua, problema enojoso por ser toda la de allí salobre, fué resuelto radicalmente instalando una máquina destiladora capaz para treinta mil litros diarios, y en la que por grifos cada Cuerpo tomaba del suyo la cantidad que le estaba asignada, ahorrándose así mucho dinero á pesar del gasto que supone una instalación tan completa, pues los barcos-aljibes hacen subir el precio del litro puesto en tierra á tipo inaceptable, y no siempre llega el agua en buenas condiciones, porque los envases, que suelen no ser nuevos, al ser transportados sufren considerables averías y es mucho el desperdicio.

Esta cuestión vital del suministro de agua á los ejércitos debería tenerse prevenida siempre por las Administraciones militares teniendo destiladoras fácilmente transportables, porque los buques de guerra que las llevan no siempre pueden desprenderse de ellas, sobre todo cuando se trata de buques pequeños, simples cañoneros.

Al principio Francia hizo el suministro de la destilada en sus grandes cruceros, limitando la cantidad por plaza, que sólo facilitaba para ser ingerida; luego aquéllos facilitaron alguna maquinita, y, por último, se estableció la definitiva, que permitió el lujo de ser facilitada también para otros usos.

La Sanidad militar á la altura de su Administración, si no más alta, montada con arreglo al arte más perfecto y acabado: desde el servicio en el campo de operaciones, al escalonamiento de enfermerías y hospitales, sin que en cada uno faltase el menor detalle; en todo se ve la dirección, el interés, el orden.

Material, el más perfecto y acabado.

La artillería ha sido el alma de la campaña; no sólo la han derrochado, sino que, siendo el material lo más perfecto, es diestramente manejado y con largueza.

Drude, lo mismo que d'Amade, han ahorrado á sus soldados mucha sangre. Á la defensiva como á la ofensiva, siempre que fué posible funcionó la artillería desde mucho antes que el alcance de las armas del moro pudiera molestar á las columnas francesas, y así se comprende que en hechos donde los moros dejaran sobre el campo quinientos muertos, sólo tuviera el ejército francés (generalmente columnas reducidas) menos de treinta bajas, incluyendo á los contusos.

Con ser mucho lo bueno que tiene el Ejército francés, la artillería es lo más envidiable.

D'Amade, después de organizar las pequeñas guarniciones, dejó columnas que operaban sueltas; pero más tarde optó por disminuir aquéllas y dar más consistencia á las columnas, que sólo fueron ya dos, ó una fuerte, pues es de advertir que las kábilas modificaron su sistema de combate, y con un excelente espionaje procuraban batir de aquéllas la más débil cuando conseguían encontrarla sola.

También modificaron su legendario sistema de grandes masas, enseñados por los estragos de las granadas y explosivos modernos, presentándose luego

diseminados en forma de guerrillas y agrupándose sólo en determinados momentos.

El ejército francés, excepto la artillería, las clases y contadas excepciones, estaba constituido por soldados indígenas de sus colonias ó legionarios extranjeros, habiendo sido bajo mil aspectos un beneficio enorme para su metrópoli.

La oficialidad que por allí ha pasado puede calificarse sin titubeos de escogida.

La legión extranjera y el «Gum», de excelentes resultados en el ataque. Los senegaleses sufrieron grandemente en la aclimatación, que les produjo bajas, y, sin embargo, al ser repatriados habían aumentado su número por los nacimientos y enlaces con negras del país procedentes del Senegal, pues sabido es que este soldado conduce consigo á sus mujeres y chiquillos, las cuales en muchas ocasiones toman parte en la lucha, bien defendiendo sus campamentos, dejando más en libertad á los hombres para acudir donde sean necesarios, bien con ellos mismos ayudando á cargar armas y hasta disparando ellas mismas.

Los zuavos daban más resultado en guarnición.

A fines de febrero del año actual, ascendido d'Amade, dejó sucediéndole el general Moinier, que hoy manda en jefe.

Este general en los comienzos de la campaña mandó como coronel una columna, pues es de notar que aun en la época en que el efectivo francés rebasó los veinte mil hombres no tuvo á su frente más que un solo general, y de brigada, siendo los jefes de columna coroneles. Moinier, hombre afable, se distinguió notablemente en el combate contra los *M-Da-Kras*, y por sus brillantes servicios fué promovido al generalato.

Al salir d'Amade (y mucho antes) ya la *Nauia* estaba pacificada. De sus doce kábilas sólo la de *M-Da-Kra* nunca fué sometida por completo; esta kábila, la más fanática de todas ellas, se hizo juramento de no capitular, y aunque, apremiada, llegó con las demás á tomar parte en las estipulaciones de paz, nunca fué por completo, pues una parte refugiada en el abrupto bosque que días y días tiene de camino antes de desaparecer, se hizo allí fuerte, y dispuestos á no desperdiciar un grano de pólvora, emboscados, serán quizá los que más hayan hecho sudar á los franceses, y éstos posiblemente á la que menos de todas hayan por lo mismo despreciado.

Hubo un mes que se habló de un tratado de paz con las kábilas y tributos impuestos directamente, etc., etc., y también se habló de si sería factible reconocer beligerancias no habiendo cesado la buena amistad con el Sultán y siendo la acción militar de Francia motivada por no estar en condiciones de ejercerla por sí el propio Emperador. No puedo decirlos qué resultase de ello.

Posteriormente cada una de las diez principales kábilas proporcionó á Francia, que los embarcó, decían allí que para Tánger, cinco jinetes escogidos, montados y armados con todo lujo, que formaban un hermoso grupo, y de día en día el tráfico fué reapareciendo de nuevo y el general recorriendo con libertad toda la región, agasajado, llegó á Azemur en alguno de sus via-

jes. Renovado el comercio, la plaza, cada día más rica en elementos, se fué desenvolviendo y afirmándose la seguridad en todas partes.

Los franceses organizaron unas tropas de cincuenta jinetes por kábila de las diez principales, cuyo total de 500 que aún existe constituye un «Gum» de Marruecos; sobre él sólo sé que perciben elevado haber, que están armados con carabina «gras», y que, aunque sueltos por el momento en sus aduarez, acudirían al punto de reunión cuando fuesen llamados ó Francia necesitara de sus servicios. Están instruídos por oficiales franceses, aunque no he llegado á saber si tienen carácter de tropas del Sultán ó de Francia.

En la actualidad oscilará el número de soldados franceses alrededor de los tres mil; suficientes para un primer momento, que no creo llegará, porque después de los quebrantos y castigos sufridos por las kábilas, no se hallan éstas propicias á probar fortuna nuevamente y se van acostumbrando á la dominación europea, que inexorable las castiga, compensando su dureza con facilidades y protección á su comercio.

Hay quien cree firmemente que aduarez y kábilas enteras son hoy protegidos de Francia. Sólo como curiosidad cito el caso, pues no lo creo factible, y sólo os indicará el grado de respeto que ha impuesto Francia.

Nunca hubiera creído que esta campaña llegase á operar en el moro la transformación que en Casablanca observamos sin necesidad de buscar contrastes con recientes épocas. Yo hubiera creído que el moro era ante todo fanático, y que, sacrificando su vida por su ley, sacrificaría también por ella sus creencias y sus vicios... Nada más falso: hoy los veis en Casablanca cambiados; tal vez odiando más que nunca, pero bebiendo públicamente, jugándose sin recato en ruletas y caballitos sus haciendas, ó vendiendo la próxima cosecha para obtener las monedas de oro que necesita á conseguir una noche de placer de modo más práctico, al menos de momento, que las que pudieran proporcionarle las huríes de su Paraíso, y viendo cómo sin ocultación sus mujeres ejercen el sacerdocio del amor sin distinguir de razas ni religiones, pero con tal asiduidad, que han llegado á conseguir estar tan *fuera del alcance* de los curiosos y civilizadores europeos como en las épocas de nuestros antiguos aventureros: que si entonces las apartaba el fanatismo y el peligro, hoy también allí el peligro las aparta; si no el del fanatismo, el de aquellos males que fueron importados á Europa de... no hace al caso.

Nada os he dicho del *Alvaro de Bazán*, única unidad de España que con las armas ha intervenido en la cuestión.

Este pequeño barco llegó de Canarias forzando máquinas y á riesgo de reventar en el camino, pues á su salida le faltaban α tubos de sus calderas, cuya α fué aumentando en número hasta llegar la avería á hacerse respetable. Nuestros bravos marinos querían llegar, y llegaron.

Su pequeñez al lado de los cruceros franceses y lo reducido del calibre de sus cañones no fué obstáculo para alcanzar un éxito tan desproporcionado á su tamaño, que sólo voluntades que se rigen por el honor de nuestro pabellón pueden conseguir... Si ese puñado de héroes hubiera sido dueño de un magnífico acorazado, su mérito no habría sido tanto...

Desembarcados que fueron veinte hombres, llegaron á nuestra casa consular escalando el muro y atravesando por el Consulado de Portugal.

Modelos de bravura y noble corazón, tuvieron rasgos sublimes; siento no recordar el nombre de un marinero que habiendo inutilizado á un moro que venía á acometerle, disparándole en una pierna, se echó hacia él al verle caer, no para rematarle, sino para cogerle en hombros y llevarle adonde fuese asistido y curado.

Sólo á la ligera voy á pasar por otros asuntos tan importantes para nosotros, que cada uno por sí requeriría, para ser tratado en forma, muchas horas y un estudio minucioso. El comercio, la moneda, el idioma, las comunicaciones, el desarrollo y sostenimiento de nuestros intereses, los Bancos, etc., etc.

Casablanca es hoy un algo que recuerda á Tánger á los que le conocieron hace algunos años, y, sin embargo, no se le parece en nada. Tiene un comercio proporcionado á las necesidades de una colonia europea y un ejército de ocupación bien pagados. La importación es aún muy alemana; la exportación la hacen casi exclusivamente casas inglesas y alemanas.

Alemania ha sabido introducirse comercialmente, y no habrá rincón del Mogreb adonde no haya estado un alemán ó donde no se lea el famoso *Made in Germany*.

A pesar de ello, el comercio francés gana terreno en Casablanca, pues busca facilidades, que encuentra en sus Compañías de vapores, en su Gobierno, en el puerto, en la Aduana..., y, además, lo aventura todo; entienden sus negocios y saben presentar los géneros.

Esos céntimos que Francia concede por milla de recorrido á la Compañía Paquet, y que parece irrisorio é insignificante, la permite reducir tarifas y establecer primas que voluntariamente concede de seis en seis meses á los que se sirven de sus vapores, reintegrándoles un tanto por ciento muy crecido del importe de los fletes pagados hasta la liquidación anterior.

En la Aduana, intervenida por Francia, como todas las del Imperio, para garantía de empréstitos, encuentran hasta la facilidad de hacer en francés las declaraciones, idioma que tal vez por aquella razón se ha dado á elegir entre él ó el árabe, desterrando en ese concepto oficial nuestro idioma, único que hasta ahora se hablaba fuera del árabe en todo el Imperio, y sobre cuyo asunto se han producido infinitas quejas y oreo que nuestro embajador señor Merry hizo reclamaciones...

Claro está que no sólo son ésas las facilidades que encontrarán, pues aunque yo no soy comerciante, los de las demás colonias han encontrado muchos tropiezos y obstáculos que han llegado á motivar la intervención, no sé con qué resultado, de los cónsules; y en el puerto, como las barcazas, que son monopolio del Maghzen, estaban bajo la jurisdicción de la marina francesa, como todo lo de aquél, y sus buques las necesitaban por contingencias de la guerra, tenía el comercio que servirse de botes particulares que, dadas las condiciones de aquella barra, ocasionaban, aparte el gasto, pérdidas y retrasos considerables.

La moneda nuestra, que tuvo que alternar con el franco, recibió tremendo

golpe con la ley de los duros sevillanos, que, llevando al desconfiado moro la depreciación que los mismos españoles tenían que hacerla, aumentó el valor de la que con la nuestra competía. A pesar de ello, tal influencia tenía, que muchos indígenas creían argucias extrañas la ley y preferían el «Alfonso»...

El Banco de Estado, que, como sabéis, fué constituido efecto del Acta de Algeciras á prorratio entre las naciones signatarias, es la continuación del antiguo Comptoir National d'Escompte..., y aunque en sus empleados hay funcionarios de todas nacionalidades y el Acta acordó la liberación de nuestra moneda, corre ésta ya con tanta dificultad en Casablanca, que sólo los españoles la hacen circular, y cuando la buscan en el Banco ó tratan de hacer efectivas letras que vienen en ella, se ven forzados muchas veces á aceptar el pago en otra moneda por no haber existencias de la nuestra.

Nuestro correo tiene que verse sometido á los barcos de comercio ó expediciones de otras naciones, pues sólo hay una oficial de llegada que hace el correo de Canarias y que no toca en Casablanca á su regreso.

Las comunicaciones por tierra son inseguras siempre, y á los peatones no pueden serles confiados valores ó asuntos de importancia, ante la inseguridad de que sean robados en el camino.

En cuanto al idioma, muchos miles de argelinos que indistintamente usan entre sí el francés ó el árabe, tenían que haber dejado huella; por eso muchos moros pobres piden ahora un «sou», en vez de «una perra» que pedían antes.

En Casablanca antes se hablaba el árabe, al contrario que en Tánger y otros puntos, donde imperaba el español, pues los comerciantes y pequeña colonia de Casablanca hablaban todos el idioma del país; sin embargo, si algún idioma aprendía el moro era el español, que á su vez se imponía entre las demás colonias extranjeras.

Esta región, que con razón se llama el granero de Marruecos, es tan rica, que su Aduana ha llegado á ingresar en un día cientos de miles de pesetas, en la época, claro está, del negocio, y es la primera del Imperio. Es indudable que ese mismo lugar que ya ocupa hoy Casablanca, comercialmente hablando, será base para que algún día sea la más importante población de Marruecos.

Su Municipio, llamémosle así, está inspirado por la dirección de Francia, así como las autoridades moras, que funcionan, sin embargo, con independencia en sus asuntos, y para atenderle se cobran impuestos de que algunos europeos que no han querido satisfacerlos se han eximido.

Nuestro Consulado está desempeñado por el Sr. Bargiela, un gallego muy templado que entró en Casablanca el 7 de agosto, en pleno drama, saltando por el muro que antes condujera á nuestros marinos á su interior, y revólver en mano llegó hasta el Consulado, donde luego tan bien había de defender los intereses españoles, tan necesitados allí de ello. Bohemio, genial escritor, de vasta instrucción, inteligente y perspicaz, ha defendido á España y á nuestro Ejército en momentos delicados con una energía y una habilidad dignas de encomio.

Nuestras fuerzas y la policía están mandadas por el teniente coronel Sil-

vestre, que lleva poco tiempo allí, aunque conoce de antiguo á los moros; es mi jefe y me une á él cariño fraternal; esto me impide extenderme en haceros su retrato; vosotros, sin embargo, podréis, el que no le conozca, describírosle; en campaña ganó todos sus empleos por méritos de guerra, menos el de teniente coronel, que acaba de obtener; y las influencias que le sirvieron para ello fueron un número tal de machetazos y balazos, que su piel parece un mosaico: en un solo encuentro tuvo veintidós heridas. Otra vez su columna le dejó en el campo por muerto, y los médicos, al recogerle con vida, no sabían por cuál empezar la cura de sus heridas, porque todas eran «más graves»... Con ese antecedente, conociendo el árabe y el francés, y siendo, á mi juicio, militarmente hablando, un jefe tan excepcional que puede envidiársele al arma de Caballería, imaginaos si ahora estará nuestro Ejército en él bien representado. Impetuoso, enérgico, se impone; el moro le admira por su valor, y al ver sus manos mutiladas por las heridas, pronuncia reconcentrándose el nombre de *Al-lah*.

Los europeos le respetan... Podemos descansar en él como españoles.

No he podido resistirme á contaros algo grato después de haberos referido tantos males.

Y ahora, después de haberos relatado simplemente hechos reales, aunque al hacerlo haya estado á la altura de esos ciegos que en las plazas explican crímenes y consejas, debo advertiros que nada habrá tal vez secreto en esta historia, puesto que, de cuantos allí hayan estado, pocos habrá á quien, por pequeño que fuese su interés, haya pasado nada inadvertido; pero, por lo mismo que por mi destino he disfrutado de las primicias de muchas cosas, y mi memoria es flaca y mi inteligencia débil, he debido olvidarme al tiempo del disfrute, de su amargor ó dulzura, sin fijarme si simultáneamente serían del dominio de la prensa misma; pero, viéndome aún en ese caso, vedado el opinar ni el acordarme; por eso... cualquiera de vosotros, deduciendo si es que algo pudiera yo haber omitido, interpretando mi pensamiento y mi sentir como quizá yo mismo no sabría hacerlo, y sirviéndoos todo ello de nota á vuestros propios juicios, podréis haceros en vuestro interior consideraciones que os darán más luz que una verdadera conferencia de actualidad, que ni mis circunstancias, ni mis aptitudes, ni una preparación (que no he tenido), ni el destino que sirvo, me habrían permitido ofreceros aunque mi voluntad haya por entero sido vuestra en estos momentos. Así libres, y dejándoos á cada uno desarrollar vuestro propio criterio, sin prejuicio ni influencia extraña, podréis tal vez acertar mejor sin preocuparos de la mayor razón de otro cualquiera, que en las cuestiones marroquíes difícil es pronosticar quiénes fueran acertados, pues los razonamientos rara vez se rigen por el cálculo de probabilidades; pero todos podremos, satisfechos, tener la convicción de que, aunque hayamos perdido el tiempo estérilmente, hemos, con el deseo, consagrado unos instantes más de nuestras vidas al medio de asegurar la nacionalidad y ver engrandecida nuestra patria.

Los asuntos de África en las Cámaras españolas

Interpelación del Sr. Villanueva en el Congreso sobre la política del Gobierno de S. M. en Marruecos.

(Continuación.)

Sesión del 23 de marzo

El señor ministro de ESTADO: Señores diputados, interrumpí las observaciones que en contestación al Sr. Villanueva exponía ante vosotros en la tarde de ayer en el momento en que dirigía un llamamiento á todos para que terminasen campañas de suspicacias y recelos que se producían lastimosamente para sembrar dificultades en la marcha ordenada de las relaciones internacionales que mantenemos con naciones amigas, y lo recuerdo en la tarde de hoy únicamente para enlazar esto con las siguientes observaciones que he de exponer á vuestro juicio, llamando la atención del Sr. Villanueva sobre que todo cuanto se refiere á la discusión que á bien tuvo plantear y exponer aquí respecto á la conducta que tuviera el Gobierno de la República francesa con motivo de los acontecimientos y de la política interior del Imperio de Marruecos, es materia que el Gobierno deja completamente á la responsabilidad de S. S., y no ha de seguirle, naturalmente, en el examen del *Libro Amarillo* que el Gobierno francés ha presentado á sus Cámaras recientemente tratando de esta materia que fragmentariamente examinaba el Sr. Villanueva, repito que bajo su responsabilidad, que él seguramente acepta. El Gobierno español no tiene para aquel Gobierno y para aquellas Cámaras sino el más profundo respeto á su soberanía y autonomía.

Descartada esta parte á que no he de contestar—ciertamente, la más elemental prudencia así lo aconseja—, voy á ocuparme con mucho gusto de los dos temas que constituyen la materia final del discurso del Sr. Villanueva; es á saber: el examen de la política interior en el Imperio de Marruecos y las censuras que dirigía al Gobierno á propósito de la intervención ú omisión que tuviera en dicha política, y después todo lo que constituye un capítulo de culpas, porque en la política exterior que lleva el Gobierno en representación de España S. S. observaba lo que tuvo por conveniente decir, y á ello he de contestar también.

No es la primera vez, señores diputados, que el Sr. Villanueva en estas Cortes, en esta misma legislatura, ha movido su espíritu y ha empleado su palabra para aconsejar al Gobierno y aun para recriminarle por su abstención en la lucha de pretendientes enfrente de los Sultanes, de las luchas intestinas en el Imperio de Marruecos, planteando escueta y claramente cuál es su opinión en esta materia.

El mismo pintaba la figura, las condiciones y los procedimientos de uno de esos caudillos que han luchado cerca de nuestras posesiones de África, de Muley-Mohamed, conocido por el Roghí, que durante cuatro años ha estado en Seluán con su corte, y que ha mantenido—es cierto; jamás lo ha negado el Gobierno—relaciones con las autoridades militares que representan á España en Melilla, porque se le ha considerado, como no podía menos de considerársele, como una autoridad de hecho, por estar ausente la autoridad del Sultán ha luengos años, y singularmente en estos últimos tiempos, en que sus

meallas ó sus ejércitos, que iban á combatir á ese pretendiente, no encontraban medios de moverse, teniendo que permitírseles por humanidad que se refugiasen en la plaza fuerte de Melilla.

Cuando había la ausencia completa de aquel con quien había tratado España, las autoridades de Melilla tenían que entenderse, como sucede constantemente, con las cercanas á nuestra plaza que de hecho mandaban.

El Sr. Villanueva aconsejaba, digo, al Gobierno, y le recriminaba porque no lo había hecho, pues entendía que era político, que era hábil, que convenía á los intereses de España que el Gobierno protegiese y amparase á ese pretendiente en la lucha que sostenía con las kábilas en los alrededores de Melilla. De esa política el Gobierno se ha abstenido completamente (*El Sr. Villanueva: Yo no la he aconsejado nunca.*), y se ha abstenido por entender que era una política conveniente para España la de abstenerse y guardar una perfecta neutralidad en las luchas interiores de Marruecos, política de abstención que han seguido otras naciones, y en España es notorio que esta decisión del Gobierno se ha cumplido de tal suerte, que no creo que nadie puede ponerla en duda, á pesar de que se hayan registrado, no diré equivocándolos, pero sí quizá no comprendiéndolos, algunos de los documentos que á vuestro examen han venido aquí en el último *Libro Rojo*, para suponer que habíamos tenido alguna parcialidad en favor de unos ú otros de los que luchaban en las inmediaciones de Melilla.

No; es evidente que el Gobierno no ha intervenido para nada en esas luchas, y es sabido que cuando en las cercanías de nuestras plazas fuertes las kábilas luchaban y formaban sus *harcas* para lanzar de allí al intruso, como ellos consideraban al señor de Seluán, el Gobierno comprendió que el intervenir en esa lucha hubiera sido equivocación grandísima; reflexionó mucho sobre el particular, y se abstuvo de toda intervención. Porque ¿qué hubiera sido sostener un pretendiente por algún tiempo, cuando las gentes del país le rechazaban y cuando España estaba tratando seriamente con el nuevo Sultán Muley-Hafid? En estas condiciones, convenía y era prudente marcar esa línea de conducta, de la cual para nada nos hemos apartado; y esos consejos está bien que se puedan considerar por alguien como buenos; pero mirando al presente y al porvenir, nuestra línea de conducta ha sido reconocida por todos en España y fuera de España como útil para nuestros intereses.

Es claro que en los momentos en que faltaba una autoridad legítima con quien entenderse, si existía una autoridad de hecho, con ella al fin y al cabo habría de tratar el Gobierno para todo lo que fuera necesario á fin de asegurar la tranquilidad y la seguridad en las cercanías de nuestras plazas fuertes; pero se llegó á la circunstancia difícil de que ahora estamos tocando los resultados tristes, porque existían muchos jefes, caciques y káides de tribus que pueden tener autoridad en algunos aduares, pero que no la tienen sobre un extenso núcleo de población, lo cual hacía que reinara la anarquía mayor aún que en el resto del Imperio, donde existe esa constitución inorgánica, merced á la cual hemos visto la lucha constante de los principales jefes en las distintas regiones, anarquía que pone á aquel Imperio en la situación difícil en que se encuentra. Nosotros hemos tenido que soportar, no ahora, sino otras veces, esa situación; pero claro es que esto ha de tener un límite, y por eso estamos tratando en primer lugar con el Sultán Muley-Hafid; por eso hemos de exigirle, no es novedad porque lo venimos solicitando hace mucho tiempo, que cuando no pueda imponer su autoridad nosotros realicemos lo que entendamos que es una necesidad, que allí se cumplan los Tratados, y singularmente el de 1904, y que el Sultán provea á asegurar la tranquilidad en los alrededores de las plazas fuertes, á establecer las comunicaciones y á dejar libre el comercio, llegandose á una situación normal.

Saben bien los señores diputados que en el momento en que se ha turbado el orden, ya que no hayamos conseguido, porque era imposible de momento, que la vida económica se restablezca, España ha hecho lo que debía hacer. Bien recientes son las noticias, que todos recordáis, de lo ocurrido en Cabo del Agua, y sabéis cómo se restableció inmediatamente la disciplina y el orden en las tribus vecinas, y aquellos que eran una minoría insignificante, quizás uno solo, que en un momento de ofuscación llegaron á hacer fuego contra uno de los centinelas de la guardia que allí sostenemos, fueron castigados inmediatamente, y se restableció el orden, y los moros volvieron al zoco, y continuamos en la mejor armonía con ellos, que buscan la protección de los que van, no á conquistarlos, sino á hacerlos felices en lo posible, entendiéndolo por la primera felicidad el orden y la paz, sus cosechas aseguradas, la tranquilidad de sus familias. También es hecho bien reciente el realizado en Ceuta por aquella digna autoridad, por el general Aldave, que en un momento determinado ha restablecido el orden, destruyendo la casa donde el *Valiente* se hacía fuerte y realizaba las demasías y atropellos que todos habéis leído en la prensa y qué oficiosamente se han comunicado.

No hay, por consiguiente, duda alguna de que (no llegaremos en esto á entendernos, Sr. Villanueva) tan constante ha sido nuestra política de abstención y neutralidad, que yo creo que no habrá nadie en la opinión que estudie estas cuestiones de cerca y con intensidad, que pueda señalar con fundamento desde este punto de vista cargo alguno para el Gobierno. Porque, volved la hoja y considerad lo que sucedería en un caso contrario; no se trata de unas luchas políticas: se trata de luchas de kábilas, en las cuales no puede haber empleo útil ni victorioso para nuestras armas; y, además, interviniendo en esas luchas, se empieza por la protección, pequeña, al parecer, de un pretendiente, y no se sabe dónde pueden terminar esas aventuras, de las que constantemente ha huído el Gobierno, con un espíritu sereno, que yo creo, Sr. Villanueva, que ha reconocido y aplaudido todo el país.

He de recoger ahora, no digo con temor, porque estas luchas incruentas no deben imponer temor á nadie, pero sí con ciertas reservas, aquella parte del discurso del señor Villanueva que todos escuchasteis, en que dirigía acerbas censuras, apasionadas en algunos momentos, empleando á veces un léxico, á mi juicio, desagradable y poco adecuado para juzgar estas materias, respecto á la política exterior del Gobierno.

Se remontó el Sr. Villanueva muy alto, muy alto, para dominar por completo toda la política internacional del mundo, y, es claro, en esas alturas sintió el vértigo y se desvaneció, á mí al menos me pareció así; y era natural que S. S. se desvaneciera al abordar estos problemas por el terreno en que S. S. los planteaba: porque mucho es el estudio y mucha es la afición de S. S. á estas materias; pero era difícil la situación en que se colocaba cuando (mirando, creo yo, principalmente á su alrededor, á sus amigos), con una clarividencia algo retrospectiva, veía lo que significaba la situación de España en 1898, y decía á la Cámara qué errores cometimos todos (no se dirigía S. S. seguramente á estos bancos) al seguir aquella política triste, por no entender (porque no lo entendieron los hombres del partido de S. S.) que una unión con el Imperio alemán hubiera dado por resultado entonces que no hubiera habido lucha alguna con la República norteamericana; y de ahí partía S. S. en sus aficiones políticas, que yo respeto, en cuanto á enlaces con otros países, para emplear, como antes decía, un léxico desagradable por todo extremo.

Fué España á Fez y á Rabat y á Algeciras (siento tener que repetir las mismas palabras de S. S.) como comparsa de Francia, haciendo el papel de las víctimas de procesiones cívicas, cuando se conmemoran hechos heroicos, que son olvidadas al día siguiente de pasearse por las calles; también dijo que éramos sencillamente unos satélites; en

una palabra, empleó todos aquellos conceptos que más podían herir el orgullo nacional, sin calcular que inmediato á S. S. estaba sentado quien es su autoridad para él y para todos, y que explicaba desde el banco azul, antes, en y después de la Conferencia celebrada en Algeciras, cuál era el papel que España debía representar, y el que representó en definitiva.

El Sr. Moret expuso un día cuál había sido la situación general en Europa, en el mundo entero se puede decir, cuando se presentaron los graves conflictos que aquella Conferencia resolvió, y yo no sé si los términos fueron satisfactorios para todos; pero sí he de manifestar que el partido conservador, al ratificar las Cámaras el Acta general de la Conferencia de Algeciras, dijo su opinión y expuso su parecer. En esta Cámara la discusión fué ligera, ó, mejor dicho, escasa, y en la otra el actual ministro de Instrucción pública, mi compañero el Sr. Rodríguez San Pedro, expuso lo que el partido tenía por conveniente señalar á la consideración pública.

No he de seguir comentando frases que han de molestar á los que se sientan alrededor de S. S. principalmente, y á todos en general, porque á nada bueno conduce el llevar esa suspicacia respecto de los que son hechos consumados y de lo que, según entonces explicó el Gobierno que se sentaba en este banco, era necesario y útil hacer en aquellos momentos.

Pero en todo penetró el Sr. Villanueva. Dijo S. S. que en 1904 los *reporters* y corresponsales de periódicos que fueron en el mes de marzo á la bahía de Vigo, observaron el humo de los cigarrillos que en el *Hohenzollern* nublaba la atmósfera, y, en su virtud, señalaba á la consideración de la Cámara de los representantes del país que allí se decidió la suerte de España en cuanto á Marruecos. ¿Qué humo, qué corresponsales y qué deducciones, Sr. Villanueva? Yo, que tuve el honor de acompañar entonces á S. M. como ministro responsable, puedo asegurar á la Cámara que aquella primera entrevista del Rey de España con otro Soberano tuvo un carácter privado, particular, y que, aun cuando fué acompañado de un ministro responsable, no se trató absolutamente para nada de la política exterior; y creo que entre lo que dijeron los corresponsales que observaron el humo de los cigarrillos y lo que afirma formalmente un ministro del Rey, no ofrece mucha duda el saber de parte de quién estará la razón.

Pero ¡válgame Dios, qué modo de desfigurar lo que significan unos Tratados bien conocidos, discutidos en todo el mundo, como los de 1904! Su señoría leyó el Convenio anglofrancés de abril de ese año, y leyó el artículo 2.º, haciendo caso omiso, claro que no lo desconocía ni lo desconoce ningún señor diputado, del artículo 8.º De ahí arranca la Convención hispanofrancesa de octubre del año de 1904, y estos Convenios, á la luz del día publicados, dada cuenta de ellos en las Cámaras, de todos conocidos, yo no sé cómo pueden desfigurarse, ni cómo pueden atribuirse antecedentes ni consiguientes que no existen en la realidad.

Porque, ¿qué puede discutirse de esos acuerdos conocidos más que el mismo texto conocido, en su perfecta aplicación? Su señoría, bajo su responsabilidad, discutía términos de algo que seguramente era desconocido para S. S., y nos expresaba cosas que á mí me parecían incoherentes; porque si S. S. no examinaba los textos claramente leyendo los artículos publicados, ¿qué discusión traía al Parlamento?

Hombre político de gran importancia en Parlamento extranjero dijo no ha mucho tiempo que cuando en la política exterior de un país existía algo reservado, algo que debían tener secreto las dos partes contratantes, esto no se discutía, en razón á que el que hablaba de esos asuntos no los conocía, no podía conocerlos, y que si por razón de oficio alguien trataba de eso, no tenía autoridad ni importancia ni se podía tomar en consideración, porque era seguramente un hombre descalificado como gobernante. Por

tanto, yo, en toda la discusión á que S. S. provocaba al Gobierno con censuras, ya he dicho antes que á mí me parecían incoherentes, y respetando, claro está, en todo caso la opinión del Sr. Villanueva, no he de responder sino que el Gobierno se atiene á las declaraciones que como Gobierno ha hecho en la Cámara y á la publicación de los documentos perfectamente conocidos, que están en vigor, reconocidos por todo el mundo, y no he de salirme yo nunca de esta materia ni de estos términos del debate, y á él acudo gustoso, que ése es mi deber, y lo cumpliré; pero no lo que sea alrededor y fuera de él.

Llamaba la atención S. S., y yo celebro que en el Congreso de los diputados se traten también estas cuestiones, sobre el Convenio francoalemán, firmado en Berlín en 9 de febrero último. Yo ya expuse, aunque en breves palabras, en el momento de suspender mi discurso la otra tarde para continuar al día siguiente, que en el Senado, un señor senador, representante de esa minoría, entendía yo que por encargo del Sr. Moret, el Sr. Ranero, había preguntado al Gobierno el 10 ó el 11 de febrero cuál era la impresión que éste había recibido al tener conocimiento de ese acuerdo, y cuáles podrían ser las consecuencias que para los intereses particulares y políticos de España en Marruecos pudieran deducirse.

En el *Diario de las Sesiones* consta la nota que los embajadores de Alemania y de Francia en Madrid tuvieron la bondad de presentarme con antelación á la firma del Convenio en Berlín, en la misma fecha que los ministros de Negocios Extranjeros de los Gabinetes de Berlín y de París entregaban á los embajadores idénticas notas de lo que habían de firmar á los dos días en Berlín. Es decir, que se tuvo la consideración debida, dadas las relaciones que con uno y con otro país mantenemos afortunadamente, de participarnos cuáles eran sus propósitos, teniendo ya los antecedentes suficientes de á qué y por qué se verificaba aquel Convenio.

Y rectifico lo que S. S. dijo del digno embajador de España en París, y rechazo las frases del portillo y otras que S. S. le atribuyó ó le han atribuido corresponsales mal enterados, porque ni el Gobierno de S. M. ni sus embajadores tuvieron esas sorpresas de que S. S. ha hecho mención, y conocida era dada la marcha de los sucesos y con los antecedentes que á diario tiene el Gobierno, porque, naturalmente, procura estar informado de estas materias por lo que le interesa que esas dos naciones amigas, la República francesa y el Imperio alemán, desearan de terminar la situación difícil, las luchas, los disgustos y las dificultades verdaderas que les producía la política en Marruecos, querían llegar á un acuerdo que terminase esas diferencias y esas dificultades, que las borrara por completo.

Llegaron á una fórmula de acuerdo (el Parlamento ya la conoce por documento que, aunque verbal, me fué entregado y que lei en las Cámaras), porque, deseando cumplir los preceptos y el espíritu del Acta de Algeciras, y queriendo borrar dificultades que pudieran llevarles á extremos desagradables, terribles quizá para Europa, convinieron en los reconocimientos que aceptaron una y otra parte, y notificado á España ese Convenio, tuvimos el gusto de decir lo que nos complacía que se asegurase la tranquilidad y desapareciesen las dificultades de las dos naciones igualmente amigas de España, y que, además, teníamos el convencimiento, que nadie ha puesto en duda, de que el que esas dos naciones se entendieran implicara que los intereses políticos y particulares de España pudieran ser desconocidos; porque, en efecto, no sólo la historia y la situación geográfica, sino los propios Tratados por todos reconocidos, nos garantizan que en nuestras relaciones con el Imperio de Marruecos, independientemente de los encargos que en Algeciras se dieron á Francia y á España, tenemos nosotros en la misma Acta de Algeciras, como tiene Francia, los artículos 30, 103 y 123, en que se señala la especialidad, la particularidad de estas dos naciones en lo que se refiere á Marruecos, y tene-

mos, sobre todo, lo que nadie ha puesto en duda, todos esos Tratados, desde el que se firmó en Tetuán hasta el último de 1894 y 1895, manteniéndonos en los términos que en esta interpelación misma yo he expuesto, que son conocidos de todos, que constituyen la salvaguardia más completa para nuestros intereses, y que por nadie han sido puestos en duda. Así es que era lamentable que un señor diputado hablase en la Cámara del precio que esto significaba, y que llegase á decir cosas tan desagradables para todos como aquellas de que se estaba en litigio, de que se trataba de algo que fuera entenderse esas dos naciones prescindiendo de nosotros como tercero.

Ya ayer terminaba yo mis observaciones, y lo recordaba al empezar las que hoy dirijo á la Cámara, lamentándome de que se vaya por estos caminos de agravio innecesario, porque lo que más aprecian los hombres, como las colectividades y las naciones, es su firma y su honor; y cuando se ha pactado, cuando se ha convenido, cuando han firmado los que legítimamente tienen la representación de un Estado y una nación, ¿por qué ha de poner nadie en duda que hayan de ser leales, y suponga que hayan de ser traidores? ¿Por qué se ha de creer que se reparten botines que están perfectamente garantizados por las palabras leales de las naciones? Por eso he dejado yo siempre las consecuencias de esas cosas á quienes las dicen, como es natural, y por eso se aparta el Gobierno por completo de este linaje de discusiones.

Conste, pues, una vez más que yo lamento que se siga este camino, y que, respetando el derecho que asiste á todos los señores diputados, el Gobierno queda afirmando únicamente lo que es esencial, lo que es su política y su honradez en el cumplimiento de las obligaciones contractuales que tiene con otros, porque está seguro de que esos otros cumplen tan lealmente como nosotros.

Yo quisiera decir algo como resumen, aunque he abusado ya mucho de vuestra benevolencia, para concretar cuál pueda ser la finalidad, cuál pueda ser el resultado de esta interpelación:

Primero. Que el embajador extraordinario que España ha enviado á tratar con el Sultán de Marruecos y á presentarle sus cartas credenciales, tiene la completa confianza del Gobierno, y espero que la tenga también del país, pues por sus antecedentes, aquí discutidos, es un hombre inteligente, cumplidor exactísimo de sus deberes y persona de la confianza, especialmente personal del ministro (que le ha tenido á su lado en los más graves momentos de la ocupación de Casablanca y de la situación difícil que hace dos veranos se creó á España y Francia y á todas las naciones que intervenían en la cuestión de Marruecos), y que, por su mismo apellido ilustre, que han ilustrado también sus antecesores, no hay más que motivos que justifican que tiene íntegra la confianza del Gobierno; que esas sombras de clericalismo que se achacan al Gobierno no existen y hay que desvanecerlas por muchos motivos; y que cuanto S. S. ha dicho de la política del Gobierno respecto á razas determinadas, como, por ejemplo, la hebrea, es completamente inexacto, y algo pudiera exponer de resultados recientes en Tetuán. Ya demostré en la tarde de ayer los propósitos que el Gobierno tiene en esta materia, cómo los habrá realizado, y que en este punto el ministro de España ha atendido todas las reclamaciones y necesidades justas de los hebreos en Tetuán y en todos los demás puntos del Imperio de Marruecos, en lo que tiene relación con España ó afinidad con nosotros, pues está de acuerdo con el Gobierno en llevar su protección á esas razas. Nada de eso que dice S. S. ha hecho el actual representante de España en Marruecos.

Segundo. Que los elementos que ha llevado nuestra Embajada á Fez, sobre no haber motivo alguno que aconsejase en esta ocasión prescindir de ellos, son una representación más intensa de lo que tiene España políticamente para su penetración en Marruecos y para su civilización, y que esa Orden de franciscanos la ha llevado, más que con

el espíritu de evangelizar, como se ha dicho aquí, con espíritu de tolerancia cristiana, se han llevado allí como un medio de preparación (*El Sr. Morote pide la palabra.*) para todo lo que sea favorecer los trabajos que realiza España en la política en que está comprometida.

Tercero. Que uniendo á estas mismas palabras que concretamente pronuncio ahora lo que la otra tarde tuve el honor de exponer ante vosotros, diré que no empece esa misión para armonizar la enseñanza que ella da con otras, y ampliarla y dirigirla también por otros caminos, como lo ha realizado ya el Gobierno, no con programas vanos y huecos, sino con actos que no negará el Sr. Villanueva, y que las circunstancias depuraron que este Gobierno fuera el primer Gobierno español que instalara, aclimatara y organizara escuelas de seglares para los indígenas y hebreos en el Imperio de Marruecos, convencido de que la enseñanza, allí como en todas partes, es germen de civilización y progreso, y queriendo llevarla nosotros allí lo más intensamente posible, perduramos, seguimos en estos propósitos, habiendo tenido la honra, lo mismo en esta materia de enseñanza que en materia de obras públicas, de haber sido los primeros en llevar estas ventajas al Imperio marroquí.

Quarto. Que la política exterior que sigue este Gobierno está tan clara y definitivamente expuesta ante vosotros y ante el país, que, cualesquiera que sean las aficiones ó simpatías que tengan los demás (y la responsabilidad de sus actos la toman los hombres políticos y los partidos), nosotros hemos llegado á la inteligencia firme y leal con la República vecina y con la Gran Bretaña en Convenios públicos conocidos y en declaraciones como la de 22 de mayo de 1907, teniendo la suerte además, señores diputados, habiendo contribuido con nuestros desvelos para ello, de mantener cordiales relaciones con todas las naciones europeas y americanas, no habiendo suscitado recelo alguno el que esas relaciones, dentro de la política europea, con todas las naciones, fueran más íntimas con aquellos países con los cuales considerábamos como un bello ideal de hacía muchos años el que unieran sus intereses y simpatías á los nuestros; y

Quinto. Que es inútil, completamente inútil, el que apasionadamente se quiera prevenir los ánimos para buscar lo que antes decía, y no me importa repetirlo, porque creo que es esencial para el Gobierno el convencer á todo el mundo de la bondad de lo que expongo; es á saber: que convenidos, que firmados, que llegados á un acuerdo, hecho á la luz del día por los que tienen representación y poder suficiente para pactar, se busquen esas dificultades y se achaquen deslealtades. Lo mismo defendiendo yo la formalidad del Gobierno que la de aquellos que han pactado con nosotros. Buena prueba es que de día en día recibe España, lo digo para vuestra satisfacción lo mismo que para la del Gobierno, testimonios de afecto y de consideración de todas las potencias en el sentido de que ven la solvencia interior, de que ven la situación de tranquilidad creciente, y por lo mismo de progreso también; pruebas que consisten, no ya en buscar las potencias americanas como árbitro á S. M. el Rey, que al fin, como hijas de España (á las del Sur me refiero), han de tener mayor confianza en la que fué su madre patria, sino buscándole para dirimir sus cuestiones como árbitro las dos más grandes naciones de Europa, y sometiendo á su decisión cuestiones que las dividen ó que dificultan su acción.

Y cuando recibimos todas estas pruebas, y cuando serenamente el Gobierno sigue esa política, el ministro de Estado no tiene que decir en este momento sino que oye cuantas observaciones, que seguramente serán patrióticas viniendo de los representantes del país, se le dirijan, que acoge con simpatía consejos ó exposiciones de lo que la opinión pública nos demande, que creemos tener la confianza de la opinión en esta materia, que creemos haber acertado, que oímos lo que juzgue como desacierto, aun cuan-

do sea tan apasionadamente como lo hizo S. S.; pero yo lo he recogido con gran atención, como lo prueba el que me estoy esforzando en contestar punto por punto á cuanto S. S. expuso.

Juzgará la Cámara, y naturalmente que el resultado lo decidirá la opinión. Á vosotros primero, y después al país, os toca decidir en estas materias, formar un juicio: el Tribunal Supremo para nosotros es la Cámara. Yo he cumplido mi deber diciéndoos la verdad; pero he cumplido además un deber que tengo mucho gusto en cumplir con su señoría, y es ejercitar la obra de misericordia de consolar al triste. Cuando S. S. ha expuesto todas esas negruras, ya que ha visto tan negro el horizonte de lo que significa la política de España en Marruecos, yo he querido sacar á S. S. de esa pena, exponiéndole cuáles han sido los propósitos del Gobierno, cuáles han sido los hechos realizados, y pedir á los impacientes, si existen, que aguarden, porque esta obra tan delicada y difícil de llevar civilización á otros países no es labor de una generación: muchas veces, generalmente, hay que sembrar para poder recoger más tarde.

Yo no acudiré á versos de Quintana para terminar como concluía S. S. su elocuente discurso; pero sí recordaré palabras de mi inolvidable amigo D. Francisco Silvela, quien decía en la Cámara: «No juzguéis á los Gobiernos por lo que logren ó realicen, sino por lo que intenten»; y en este linaje de asuntos es claro que siendo un país extraño factor indispensable para llegar á un satisfactorio resultado, yo os digo lo mismo que aquel gran hombre y malogrado amigo: no miréis al éxito que obtengamos de momento; mirad á lo que intentamos, porque ésa es la manifestación de la voluntad, y la voluntad nuestra es bien definida y bien clara. Pocos medios de palabras y de elocuencia tengo; pero los hechos son tan evidentes, que con los que he relatado basta para justificar la buena intención del Gobierno, y aun pudiera haber citado las mejoras en la policía en Tánger y cerca de nuestras plazas fuertes y todos los medios de civilización que allí hemos llevado hasta donde nos ha sido posible.

Repito que lo que logremos, en poco ó mucho tiempo, ha de ser obra de todos; pero á vosotros os toca juzgar de lo que hemos intentado con completa buena fe, con patriotismo de que creo que nadie duda y que, en todo caso, á vosotros os corresponde apreciar. (*Aplausos en la mayoría.*)

El señor PRESIDENTE: Se suspende esta discusión.

(*Se continuará.*)

